

Esta publicación se hizo posible mediante el apoyo proporcionado por el Buró para América Latina y el Caribe, de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, bajo los términos del Fallo No. EDG-A-00-02-00007-00. Las opiniones expresadas pertenecen al autor y no necesariamente reflejan el enfoque de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

El Partido Comunista de Cuba y la Política Electoral: Adaptación, Sucesión y Transición

Por

William M. LeoGrande*

*Nota bibliográfica sobre el autor: **William M. LeoGrande** es Profesor de Ciencia Política en la Facultad de Asuntos Públicos en la Universidad Americana en Washington, D.C. Es el autor de numerosos libros, monografías y artículos sobre política comparativa y relaciones internacionales, especialmente relacionados con América Central y Cuba.

Sumario Ejecutivo

El tema de la transición en Cuba ha ganado la atención en los años recientes, entre los especialistas y quienes establecen la política por igual. El dramático desplome del comunismo europeo, el inexorable envejecimiento de la generación fundadora de la revolución cubana y la “tercera ola” de la democratización global, todo ello provocó un renovado interés en las perspectivas de un cambio político en Cuba. Vale la pena examinar tres transiciones, manteniendo sus diferencias analíticamente: primero, las adaptaciones a las que se ha visto sometido el régimen de Cuba, como resultado del derrumbe del comunismo europeo y la reintegración de la isla al mercado mundial; después, la sucesión de la dirigencia, la cual comenzará con la retirada del presidente cubano Fidel Castro de la escena política; y, finalmente, una transición a la democracia, la cual es posible, pero de ningún modo segura.

Las adaptaciones económicas desde 1991 incluyen la reintroducción de mercados campesinos libres, la privatización de facto de la agricultura, la legalización del trabajo por cuenta propia, la reducción de los subsidios a las empresas estatales y la legalización del dólar. Estas reformas han creado los requisitos sociales para el surgimiento de políticas controvertidas: erosión del control del partido sobre la economía y el empleo, la exacerbación de la estratificación social y la expansión de organizaciones y grupos no controlados por el gobierno y potencialmente en conflicto con él. Desde el punto de vista político, el régimen se ha debilitado por el fracaso global de su legitimización ideológica y por la aguda recesión económica. En la cumbre de la crisis, el liderazgo del Partido Comunista de Cuba quedó dividido claramente con respecto a cuánta reforma política debería acompañar a la reforma económica, pero ya en 1996 Castro se había pronunciado en contra de cualquier liberalización política significativa.

El proceso de sucesión tras la partida de Castro creará una oportunidad para mayor debate político, al menos dentro de la dirigencia del partido y una posibilidad de que ese debate trascienda más allá de la élite, como ocurrió en otros sistemas comunistas. Aunque actualmente se encuentra inactiva, la división entre facciones reformistas y de partidarios de la línea dura dentro del Partido Comunista de Cuba no ha desaparecido. Cuando Castro no esté más allí para actuar como el árbitro máximo, es probable que las divisiones existentes resurjan. Estudios sobre una transición democrática indican que esta clase de división de la élite es la condición indispensable para el inicio de un proceso de transición.

La transición democrática dependerá del surgimiento de un conflicto de élite, en el cual los reformistas tendrían más en común con los opositores al régimen que con los partidarios de la línea dura. Como nadie puede predecir cuál facción del Partido Comunista de Cuba será más fuerte tras la partida de Fidel Castro, desde luego no es inevitable que Cuba experimentará una transición hacia una democracia multipartidista. Es tan probable que China y Vietnam sirvan de ejemplos a seguir para Cuba, como lo son Europa del Este o la antigua Unión Soviética. Sin embargo, si una transición hacia la democracia partidista tiene lugar, la experiencia de Europa Oriental sugiere que el Partido Comunista de Cuba, en una apariencia reformada, podría retener una considerable atracción política. El partido cubano gozará de superioridad organizacional, una cultura

de valores socialistas que favorece la continuación de programas sociales, un fuerte sentimiento nacionalista que impugnará el patriotismo de sus rivales muy cercanos a Estados Unidos y una base formidable de apoyo entre grupos sociales que probablemente salgan perdiendo, si una transición hacia la democracia en Cuba es acompañada por una transición al capitalismo.

Los actores externos pueden mejorar las perspectivas para una transición pacífica democrática, implementando políticas que reduzcan la mentalidad de cerco policial de la élite, recompensen la liberalización de reformas y se abstengan de acciones que podrían ser consideradas como interferencias en los asuntos internos de Cuba, para que tales acciones no provoquen una reacción nacionalista. A este respecto, los actores latinoamericanos y europeos están mejor posicionados que Estados Unidos.

Introducción

El tema de la transición en Cuba ha ganado la atención en los años recientes, entre los especialistas y quienes establecen la política por igual. El dramático desplome del comunismo europeo fue el catalizador inicial. El repentino hundimiento del bloque socialista implicó que su enormemente centralizado y autoritario planteamiento para la gestión económica y de gobierno, se haya agotado en sí mismo y fuera mucho más frágil de lo que la mayoría de los observadores habían imaginado. Además, la desintegración de la Unión Soviética dejó a Cuba en un serio aprieto. Mucha gente se preguntaba si el régimen cubano podría sobrevivir a este doble golpe de legitimidad herida y desempeño mutilado (1). Percibiendo la vulnerabilidad de Cuba, Estados Unidos intensificó las sanciones económicas y colocó el tema de la transición en la agenda política, convirtiendo la democracia en la condición indispensable para el mejoramiento de las relaciones entre los dos países.

Un segundo y menos dramático factor que estimula el interés por la transición, es el inexorable envejecimiento de la generación fundadora de la revolución cubana. Las transiciones generacionales siempre constituyen una prueba principal a fin de saber si un régimen post-revolucionario se ha convertido en suficientemente institucionalizado y legítimo para sobrevivir tras la partida de las personalidades que lo forjaron. Esto es especialmente verdadero en el caso de Cuba, donde Fidel Castro se ha mantenido largamente como el ejemplo puro de liderazgo carismático (2).

Finalmente, la “tercera ola” de democratización que se extendió rápidamente no sólo por Europa Oriental, sino también por el sur europeo y América Latina, provocó un renovado interés erudito en el proceso de democratización y transición de los gobiernos

autoritarios (3). Es lógico preguntarse si las mismas fuerzas, tanto internas como internacionales, que produjeron transiciones democráticas en otros lugares, podrían operar también en Cuba (4).

Entonces, vale la pena examinar al menos tres transiciones, manteniendo sus diferencias analíticamente: una ya en proceso, otra en el horizonte, y una tercera que es posible, pero de ningún modo segura. La primera transición tiene en cuenta las adaptaciones a las que se ha visto sometido el régimen de Cuba, como resultado del hundimiento del comunismo europeo y la reintegración de la isla al mercado mundial. Este proceso de adaptación (política, social y económica) puede no estar completo todavía, pero las principales reformas adoptadas para enfrentar la crisis tienen casi una década de existencia y ningunas reformas importantes han sido introducidas desde 1995. De este modo, es posible hacer una evaluación inicial de cómo esta primera transición ha cambiado el paisaje político.

La segunda transición, la sucesión de la dirigencia, comenzará con la retirada del presidente cubano Fidel Castro de la escena política. La sucesión puede no ser inminente, pero con Castro en la mitad de su séptima década de vida, su retirada es algo que la dirigencia probablemente enfrentará más a mediano que a largo plazo. Es más, una cierta cantidad de planificación para la sucesión, dirigida por el propio Castro, ya ha tenido lugar. Extrayendo experiencias de la sucesión de otros sistemas políticos comunistas, podemos hacer razonables proyecciones acerca de cómo esta segunda transición puede impactar la política cubana.

La tercera transición, una transición hacia la democracia, es de ningún modo segura. Uno puede imaginar escenarios en los cuales una transición semejante podría

tener lugar, como lograron muchas personas en el período posterior al desplome del comunismo europeo. Uno puede también imaginar que en vez de colapsar, el régimen podría continuar para desarrollarse y adaptarse gradualmente a las cambiantes condiciones sociales, económicas e internacionales (5). Es tan probable que China y Vietnam sirvan de ejemplos a seguir para Cuba, como lo son Europa del Este o la antigua Unión Soviética. Sin embargo, a riesgo de aventurarse a ir más lejos en una rama especulativa, este documento examinará lo que la transición hacia un régimen de democracia multipartidista podría significar para el sistema de partido y las instituciones elegidas del gobierno cubano.

Adaptación

Los orígenes del Partido Comunista de Cuba

Inaugurado en 1965, el Partido Comunista de Cuba (PCC) fue el primer partido comunista creado *después* del triunfo de la revolución, con la intención de dirigir. Durante los decisivos primeros años del régimen, fue el Ejército Rebelde (posteriormente las Fuerzas Armadas Revolucionarias, FAR) el que propició el aparato político mediante el cual Fidel Castro y sus más cercanos compatriotas gobernaron la nación. La creación del nuevo Partido Comunista siguió a la declaración de Castro sobre el carácter socialista de la revolución, durante la invasión de Bahía de Cochinos y tenía propósitos tanto internos como internacionales. En el plano interno, Castro buscaba forjar un instrumento político que unificaría la rebelde familia revolucionaria y movilizaría partidarios; desde el punto de vista internacional, buscaba demostrar a la Unión Soviética que Cuba era un miembro de buena reputación del campo socialista, merecedor de la asistencia económica y del apoyo militar soviéticos.

Sin embargo, el proceso de construcción del partido tuvo un inestable comienzo, sacudido por una serie de conflictos entre veteranos del Movimiento 26 de Julio de Castro, los viejos comunistas del Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario, con base estudiantil. Sólo la intervención personal de Castro impidió que la dirigencia revolucionaria quedara destrozada por facciones contendientes. Como resultado de esta confusión, los líderes de la revolución se mostraron reacios a entregar demasiada autoridad al nuevo aparato del partido, por temor a que sus esfuerzos para institucionalizar la autoridad carismática de Fidel Castro, en vez de ello, la disiparan. Las principales decisiones políticas continuaron siendo tomadas por Castro y un pequeño círculo de lugartenientes, la mayoría de los cuales habían peleado juntos en la Sierra Maestra durante la batalla contra el presidente y dictador cubano Fulgencio Batista. Cuando, finalmente, el nuevo Partido Comunista de Cuba, fue presentado en 1965, este círculo íntimo fue formalmente instalado como Buró Político del partido, pero el cambio fue un asunto más de nombre que de proceso. Castro continuó tomando las principales decisiones políticas en consulta con la misma gente. La más elaborada maquinaria para la toma de decisiones del partido, incluyendo su Comité Central de 100 miembros, permaneció sin uso durante la mayor parte. El PCC no convocó su Primer Congreso hasta 1975, y durante todo ese tiempo no tenía ni un programa ni estatutos. Su pequeña membresía (sólo 55,000 miembros en 1969 o el 0.6 por ciento de la población), lo convirtió en el más pequeño partido comunista gobernante en todo el mundo por un amplio margen y tenía organizaciones partidarias únicamente en el 16 por ciento de los centros de trabajo de la nación, cubriendo menos de la mitad de la fuerza laboral (6).

Sólo en la década de 1970 el PCC se convirtió en una organización suficientemente fuerte para imponer una dirección real sobre el sistema político cubano. El Congreso inicial del PCC tuvo lugar en 1975 y para entonces había crecido a 202,807 miembros (2.2 por ciento de la población). Su aparato organizacional era más fuerte y más elaborado. Los cuerpos del partido a todos los niveles, incluyendo el Comité Central, comenzaron a reunirse de forma regular. En resumen, ya a finales de la década de 1970, el PCC había tomado el rol conductor en la política, algo típico en los partidos comunistas gobernantes en otras partes (7).

Los diez años (1975-1986) que transcurrieron desde el Primer al Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, podría denominarse como un período de política de rutina o “normal”. Con la excepción de la confusión interna que provocó la crisis del Mariel en 1980, la escena de la política nacional fue relativamente tranquila. Los sucesos dramáticos tendieron a concentrarse en la arena internacional: la participación de Cuba en Africa, su presidencia en el Movimiento de Países No Alineados, su confrontación con Estados Unidos sobre América Central, y su derrota en Granada. Durante estos años, el PCC creció en tamaño, capacidad organizacional y autoridad administrativa. La membresía creció sustancialmente de 211,642 miembros a finales de 1975 a 434,143 en 1980 y a 523,639 en 1985. Los cuerpos del partido se reunían regularmente y el aparato desarrolló un sistema para controlar la nominación de cuadros dirigentes para todos los principales cargos en el gobierno y las organizaciones de masas (8).

El tema dominante del Segundo Congreso del PCC en 1980 fue la continuidad. El Congreso reafirmó la validez del programa adoptado por el Primer Congreso y la mayor parte de las resoluciones de apoyo. El volumen de la discusión, antes y durante el

Segundo Congreso, se centró en el desarrollo político y social **(9)**. El trabajo del partido, como señaló Castro en su Informe Central, había estado “dirigido hacia el incremento y la consolidación de la Planificación Económica y al Sistema de Dirección, mejorando los mecanismos de la dirección económica y elevando la calidad de la producción” **(10)**.

El Tercer Congreso, en 1986, fue más tumultuoso. Marcó el inicio de la campaña de Rectificación, una importante retirada del sistema de dirección económica socialista patrocinado por los soviéticos (Sistema de Dirección y Planificación Económica, SDPE) instalado a mediados de la década de 1970 y elogiado durante el Segundo Congreso. Criticando al SDPE por la promoción de la ineficiencia, la corrupción y el egoísmo concentrado en el provecho, Castro exhortó a la “rectificación de errores y tendencias negativas” en la dirección económica.

La campaña se enfocó en recentralizar la autoridad de la planificación económica, desmantelar los incentivos materiales y los mecanismos de mercado del SDPE, abolir los mercados libres campesinos emprendidos en 1980 y combatir la corrupción **(11)**. Al colocar la política al mando de las medidas económicas, la campaña de Rectificación implícitamente significó un más enérgico papel para el PCC. Por ejemplo, al principio de la campaña, la responsabilidad principal de la política económica fue trasladada de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) a un “Grupo Central” especial del Buró Político del PCC **(12)**.

Durante los años siguientes, una desconcertante avalancha de acontecimientos, tanto internos como externos, sacudieron al régimen cubano. En el plano nacional, el arresto, enjuiciamiento y ejecución del General Arnaldo Ochoa y sus compañeros de conspiración en el tráfico de cocaína y una subsiguiente serie de juicios por corrupción,

propinaron un fuerte golpe a la legitimidad del régimen. Durante un período en el que el estándar de vida de los cubanos comunes estaba cayendo y Castro estaba exhortando al pueblo a emular el desinterés del Che Guevara trabajando más duro por menos, un significativo número de funcionarios de rango superior estaba viviendo lujosamente gracias a la corrupción (13).

Adaptando la transición europea

El repentino hundimiento del comunismo europeo desencadenó un cataclismo económico en Cuba, e impulsó un vigoroso debate inusualmente dentro de la élite política cubana sobre el futuro de la revolución. Celebrado a principios del Período Especial en Tiempo de Guerra de Cuba, el Cuarto Congreso del PCC respaldó una serie de reformas políticas y económicas destinadas a reanimar a Cuba en forma segura del trauma ocasionado por el hundimiento del bloque socialista. Las medidas económicas del Período Especial eran similares a las de un plan de crisis económica en tiempos de guerra; sus medidas políticas estaban bajo la rúbrica general de “perfeccionar” y “revitalizar” las instituciones políticas.

Como en 1970, después del fracaso de la zafra de los 10 millones de toneladas de azúcar, la dirigencia cubana reaccionó a la crisis revisando la política económica y tratando de reconstruir la legitimidad del régimen, haciendo a las instituciones políticas más sensibles a las demandas populares. Sin embargo, desde el principio, la estrategia básica fue emprender las reformas absolutamente necesarias para garantizar la sobrevivencia del orden existente y los líderes políticos no estuvieron siempre de acuerdo sobre cuán extensas necesitaban ser las reformas requeridas. Una transición alejada del socialismo (i.e. el control del estado sobre el mando superior de la economía) o del

leninismo (un gobierno de partido único) nunca fue seriamente tomada en consideración, como simbolizaba el slogan de Castro “¡Socialismo o muerte!” (14).

En la esfera económica, el plan inicial de la dirigencia fue una estrategia a corto plazo, durante la cual Cuba reorientaría sus relaciones de comercio internacional y se ajustaría a la pérdida de los subsidios soviéticos, pero fundamentalmente no alteraría su economía planificada centralmente (15). Ya en 1993, sin embargo, estaba claro que estas medidas eran inadecuadas. De 1989 a 1993 el Producto Interno Bruto (PIB) de Cuba cayó un 35 por ciento (16). El descontento político que trajo como resultado, produjo serios disturbios antigubernamentales y una creciente presión para la emigración que culminó en la denominada crisis de los “balseros” de 1994, cuando decenas de miles de cubanos se pusieron en camino hacia Estados Unidos sobre balsas precarias.

Comenzando a finales de 1993, el gobierno adoptó una serie de medidas estructurales en el plano interno, que incluían la reintroducción de los mercados libres campesinos, la transformación de la mayoría de las granjas estatales en cooperativas (Unidades Básicas de Producción, UBPC), la legalización del empleo por cuenta propia en la mayor parte de las ocupaciones, la reducción de los subsidios a las empresas estatales, la reducción de los precios subsidiados a los bienes de consumo no esenciales y la legalización del dólar (17). Todas juntas, estas reformas alimentaron una gradual recuperación económica a principios de 1994 y ya a finales de 2000 la economía se había recobrado en cerca del 88 por ciento del PIB de 1989. En el exterior los analistas difieren en cuanto a si las limitadas reformas hechas son suficientes para producir crecimiento estable a largo plazo, pero su éxito en invertir el descenso del PIB significó que la

dirigencia política de Cuba estaba en capacidad de renunciar a cambios más drásticos, como la legalización de pequeñas y medianas empresas privadas **(18)**.

En la esfera política, las reformas han sido menos dramáticas y pueden ser vistas como una extensión de los cambios iniciados anteriormente como parte del proceso de Rectificación. El diagnóstico de Fidel Castro con relación a los problemas políticos del régimen, fue que se habían copiado con demasiada exactitud los modelos políticos y económicos de los estados socialistas europeos y de este modo se reprodujo en Cuba una forma de socialismo que era enormemente burocratizado y apolítico, en el sentido de que el partido centraba sus esfuerzos demasiado en la gestión económica y no lo suficiente en el “trabajo político” de sustentar su hegemonía ideológica **(19)**. Esta fue la razón de Castro para la Rectificación, su explicación para un eventual derrumbe de los regímenes europeos y su motivo para limitar las reformas políticas durante el Período Especial **(20)**. Para contrarrestar las debilidades políticas que ellos vieron en Europa, los líderes cubanos procuraron reformar sus instituciones políticas, haciéndolas más receptivas a los asuntos populares. Para el PCC, la primera ola de cambio fue la introducción de elecciones de voto secreto para elegir a los dirigentes del partido en la base (“núcleo”, en el centro de trabajo) a principios de 1990. Con anterioridad a esto, las elecciones había sido por nominación abierta y mediante la práctica de levantar las manos. Posteriormente, los nuevos dirigentes municipales y provinciales fueron elegidos (en la forma usual, desde listas con los nominados preseleccionados), lo cual produjo un cambio de personal del 50 por ciento en los dirigentes municipales y la sustitución de dos de los catorce secretarios provinciales **(21)**.

Seguidamente tuvo lugar una importante rebaja de la burocracia en la organización partidista, con anterioridad al Cuarto Congreso del Partido. El número de departamentos en el Comité Central fue reducido de 19 a 9 y el personal fue disminuido al 50 por ciento. Quedó abolido el Secretariado del Partido como una organización separada, y sus responsabilidades organizacionales fueron distribuidas entre miembros individuales del Buró Político. El personal de los comités provinciales también fue reducido y, en general, cerca de dos tercios de los cargos pagados del aparato del PCC fueron abolidos. En los cargos que se mantuvieron, un significativo número de titulares fueron remplazados (22).

El llamamiento de marzo de 1990 para el Cuarto Congreso del Partido buscaba una franqueza sin precedentes en el debate, no sólo entre los miembros del partido, sino también dentro del pueblo entero, a fin de promover una mayor participación y construir “el consenso necesario” para la respuesta de la política del gobierno al Período Especial (23). No obstante, el llamamiento fue tan extraordinario que el pueblo no supo cómo responder y la dirigencia detuvo las discusiones después de pocas semanas, porque las reuniones de base estaban produciendo poco más que exhortaciones de alabanza al partido y la revolución. “Nosotros no estamos acostumbrados al debate”, explicó el jefe ideológico del partido Carlos Aldana (24). En junio, se reanudó el debate bajo la orientación de una nueva declaración del Buró Político, enfatizando las virtudes de una discusión abierta. “La calidad de estas reuniones no se puede medir (como erróneamente hemos hecho a veces) por la unanimidad alcanzada o por la ausencia de puntos planteados que puedan ser considerados problemáticos o divergentes” (25). Sin embargo, aún entonces, quedó claro que algunos en la dirigencia estaban preocupados de que un

debate excesivamente democrático podría írseles de las manos. El llamamiento revisado también estableció límites, mencionando que las discusiones tenían la intención de propiciar “una aclaración política” y que el carácter socialista del sistema cubano y el papel dirigente del partido no estaban abiertos a debate (26).

Finalmente, unos tres millones de personas participaron en las discusiones pre-Congreso (27). Un marcado debate sobrevino sobre temas tales como si se debía permitir a los creyentes religiosos unirse al Partido Comunista; o si los mercados libres campesinos, abolidos durante la Rectificación, debían ser reanudados. Los asuntos económicos y sociales que más preocupaban al pueblo eran el aumento de la tasa de delincuencia, el pobre estado del transporte público y las viviendas y el deterioro general del nivel de vida (28). Las principales críticas políticas expresadas en las discusiones se preocupaban del esclerótico burocratismo que había abrumado al gobierno local y a las organizaciones de masas, especialmente la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), sobre la cual algunas personas argumentaban que debía ser disuelta o fundida con los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) (29).

Los Organos del Poder Popular (OPP) locales, las asambleas legislativas de Cuba, estaban ampliamente descritas como ineficaces, en gran parte por la falta de recursos y la insuficiente autoridad para tratar con la burocracia administrativa del gobierno. Creados en 1976, luego de dos años de experimento en la provincia de Matanzas, los Organos del Poder Popular eran parte de la reorganización del sistema político cubano en la década de 1970. Inicialmente, los delegados locales a las asambleas municipales eran nominados y elegidos directamente por sus electores, mientras que los delegados a las asambleas provinciales y a la Asamblea Nacional del Poder Popular, eran electos indirectamente por

los delegados municipales mediante las listas de candidatos preparadas por las Comisiones de Candidaturas presididas por el Partido Comunista. Los Organos del Poder Popular son jurídicamente la más alta autoridad estatal a sus respectivos niveles, con el derecho a inspeccionar las operaciones de todas las agencias gubernamentales, incluyendo empresas económicas, dentro de su jurisdicción. Los administradores gubernamentales tienen que informar periódicamente a las asambleas de los OPP sobre el desempeño de sus agencias.

Con la creación de los OPP, la dirigencia del partido apuntaba a fortalecer su legitimidad al reconocer la importancia de las elecciones como un mecanismo de renovación periódica de los mandatos del régimen y alentando la contribución popular al gobierno local. Los delegados locales estaban requeridos de sostener periódicas Asambleas de Rendición de Cuentas (reuniones de vecindario, en las cuales los delegados informaban a sus electores y éstos podían expresar asuntos para que los delegados los elevaran a sus respectivas asambleas municipales). Otro propósito en la creación de los OPP era tener un instrumento de gobierno que pudiera argumentar los esfuerzos del partido para supervisar la ejecución de la burocracia gubernamental, algo que el partido no hizo muy efectivamente durante la década de 1960 y a principios de la de 1970 **(30)**. Sin embargo, ya a finales de la década de 1980, las asambleas del Poder Popular estaban sufriendo de una seria desafección pública. A nivel local, las asambleas municipales tenían pocos recursos a su disposición y por lo tanto no podían responder de manera efectiva a las demandas populares, como se podía apreciar en las Asambleas de Rendición de Cuentas. Los administradores locales todavía respondían más de buena gana a sus superiores ministeriales en La Habana que a sus asambleas municipales de los

OPP, dificultando que las asambleas obtuvieran respuestas positivas de ellos (31). En vista de que los delegados locales ejercían sus servicios como voluntarios, sin pago alguno, y continuaban trabajando en sus labores regulares, no tenían tiempo ni aptitudes para hacer que las asambleas locales trabajaran de forma eficaz. “Lo que se está perdiendo del Poder Popular es el poder”, se lamentaba un antiguo delegado en 1990. “El pueblo venía a nosotros y presentaba montones de quejas, las cuales me tenían al retorteto, tratando de resolverlas. Pero yo no tenía la autoridad para solucionar problemas... Así que el pueblo empezó a culparme a mí, cuando las soluciones estaban fuera de mis manos. Frecuentemente, la solución era imposible porque no teníamos los recursos” (32).

Una encuesta de la revista *Bohemia* en 1990 encontró que sólo el 75.2 por ciento de los encuestados sabían el nombre de sus delegados locales. La mayor parte de la población, el 59,1 por ciento, tenía confianza en sus delegados, pero únicamente el 51.4 por ciento sentía que sus delegados habían demostrado autoridad al tratar con los problemas del distrito”. Una mayoría, el 55.8 por ciento, dijo que el Poder Popular “necesita mejorías”, mientras que sólo el 31.3 por ciento dijo que ellos aceptarían ocupar el cargo de delegados (33).

En las reuniones previas al Congreso, el pueblo criticó a la Asamblea Nacional por sostener debates superficiales y proforma y por ser poco más que una estampilla para los propósitos del gobierno. La Asamblea se reunía durante sólo unos pocos días en el año y desde 1988 hasta 1990, la posición del presidente de la Asamblea se mantuvo vacante. A principios de 1990, juntamente con la campaña del PCC para “revitalizar” la política, Juan Escalona fue designado presidente de la Asamblea y comenzó a dar vigor a

ese cuerpo manteniendo profundos debates y fortaleciendo sus comisiones de trabajo (i.e. su sistema de comités) **(34)**.

En las reuniones pre-Congreso, una de las propuestas más populares fue que los delegados a las asambleas Nacional y provinciales fueran elegidos directamente, en vez de escogidos por los delegados de las asambleas municipales **(35)**.

El propio partido experimentó cambios significativos en el Cuarto Congreso. Sus estatutos fueron enmendados para redefinir al PCC como el partido de la “nación cubana”, en vez del partido de la clase trabajadora, y los nuevos estatutos acentuaron sus raíces ideológicas en las ideas de José Martí y también en las de Marx y Lenin **(36)**.

Se levantó la prohibición de que los creyentes religiosos pudieran ser miembros del partido y el proceso de elección de los nuevos integrantes del partido fue simplificado de tal forma que más miembros podían ser extraídos de los centros de trabajo, sobre la base del voto de sus compañeros de labor (con lo cual se excluía el requerimiento de patrocinio por los miembros existentes o la membresía previa en la Unión de Jóvenes Comunistas, UJC) **(37)**. Durante los siguientes cinco años, estos cambios produjeron un aluvión de nuevos miembros y esto permitió que las filas del PCC aumentaran de 611,627 en el Cuarto Congreso a 780,000 en 1997, en la víspera del Quinto Congreso. Para 1997 unas 230,000 personas, es decir un tercio del total de miembros del PCC, se habían unido al partido desde el principio del Período Especial **(38)**.

El Cuarto Congreso también adoptó la sugerencia de que todos los delegados a las asambleas de los OPP fueran elegidos directamente por sus electores y exhortó a fortalecer las comisiones de trabajo de la Asamblea Nacional. “El creciente y legítimo deseo de nuestra población de participar de un modo más activo y directo en el proceso

de toma de decisiones, lo cual se hizo obvio en las discusiones del Llamamiento al Cuarto Congreso, deben tener eco en su estructura (de los OPP)”, concluyó el Congreso (39). No obstante, rechazó las propuestas formuladas en las reuniones previas al Congreso, de que a los candidatos se les permitiera hacer campaña y por consiguiente presentaran opiniones políticas opuestas. Tampoco apoyó la idea de permitir opiniones políticas contrapuestas en los medios masivos de comunicación estatales (40).

¿Cuánto cambio es suficiente?

Para la mayoría de los informes, las limitadas reformas que produjo el Cuarto Congreso se debieron a una lucha interna en el PCC entre una facción reformadora, encabezada por el jefe ideológico del partido Carlos Aldana, el Primer Secretario de la UJC (y posterior ministro de Relaciones Exteriores) Roberto Robaina, y el jefe de la economía Carlos Lage; y una facción conservadora liderada por José Ramón Machado Ventura y José Ramón Balaguer. Los reformadores promocionaron el uso de los mecanismos de mercado para acelerar la recuperación económica y un mayor espacio político para las opiniones disidentes que no fueran manifiestamente contrarrevolucionarias. Los conservadores argumentaban que un rápido cambio económico podría socavar el control político del partido y que cualquier apertura política en medio de la crisis económica corría el riesgo de provocar un torrente de críticas que podría destruir completamente el régimen, como sucedió en Europa Oriental y en la Unión Soviética (41).

Inicialmente, los reformadores parecían empezar a llevar la ventaja. A principios de 1990, el anuncio del Comité Central de la campaña de “revitalizar” el partido, fue acompañado por un llamamiento para crear “un clima favorable para el desarrollo de

ideas creativas y un debate fértil”. En esa misma reunión, Robaina fue ascendido a miembro suplente del Buró Político (42). El Llamamiento para el Cuarto Congreso se produjo poco después, estimulando discusiones sin precedentes, como ya se ha visto. Aún así, el llamamiento también contenía una advertencia de que el derecho a debatir y criticar no se extendía a los opositores del régimen. “Los elementos contrarrevolucionarios y antisociales deben ser advertidos de que actuar en estos tiempos como títeres del imperialismo significará... convertirse en los mayores traidores que Cuba ha tenido [,] y que así es como serán tratados por la ley y el pueblo” (43).

Un retraso de varios meses en convocar el Cuarto Congreso fue atribuido a los debates internos no resueltos entre reformadores y conservadores.” Hay una batalla importante entre las fuerzas representadas por Aldana y las de Machado Ventura y Fidel no ha decidido entre ellas”, explicó un anónimo funcionario gubernamental cubano (44). Cuando el Congreso fue convocado, las propuestas para una reforma radical no aparecieron en la agenda. La dirigencia había decidido que cambios políticos de importancia eran demasiado riesgosos a la luz de los problemas económicos de Cuba. Sin embargo, a los reformadores les fue razonablemente bien en la nueva alineación de la dirigencia; Carlos Lage y Abel Prieto, jefe de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), fueron añadidos al Buró Político, uniéndose a Aldana y a Robaina. Después del Congreso, el lugar del debate entre reformadores y conservadores se trasladó a las elecciones locales y nacionales de los OPP, programadas para finales de 1992 y principios de 1993 (las primeras elecciones de los OPP que se llevarían a cabo bajo el nuevo sistema del voto directo). El cambio más significativo en los OPP, recomendado por el Cuarto Congreso del PCC e implementado por cambios constitucionales en 1992,

permitía la elección directa de los delegados a las asambleas Nacional y provinciales del Poder Popular. Los reformadores veían el proceso electoral como un medio para iniciar la liberalización política. “El sistema que estamos instrumentando permitirá el surgimiento de nuevos sectores que no estén de acuerdo con nuestras políticas, en caso de que no tengan un pasado contrarrevolucionario ni una conexión con Estados Unidos”, explicó un miembro de rango superior del Buró Político. “Los cambios electorales no serán cosméticos” (45). Hablando de forma oficial, Aldana también afirmó la determinación del partido de abrir gradualmente el sistema electoral, aunque sin permitir la formación de partidos de oposición. “Aquellos que están en la oposición interna tendrán la oportunidad de ser elegidos, sin requisitos ideológicos”, prometió (46).

Sin embargo, cuando la nueva ley electoral fue terminada en octubre de 1992, ésta malogró cualesquiera esperanzas para una significativa apertura de voces alternativas en los OPP. La prohibición sobre hacer campañas se retuvo y la nominación de candidatos para las asambleas Nacional y provinciales fue confiada a la Comisión de Candidatura. Mediante un elaborado proceso de consultas y sugerencias de las organizaciones de masas, las asambleas municipales y los centros de trabajo a nivel local, la Comisión de Candidatura (ahora presidida por representantes de los sindicatos en vez del PCC) produjo una lista de nominados con sólo un candidato por asiento. Los electores tenían la opción de votar sí o no (47). De este modo, el proceso de elección a los niveles nacional y provincial evitaba la posibilidad incluso de diferencias políticas implícitas entre los candidatos, como podría ocurrir en los contextos locales.

Comenzando en 1993 con la primera elección para delegados nacionales y provinciales bajo estas nuevas regulaciones, el gobierno ha hecho fuertes campañas para

que el pueblo emita el *voto unido* (esto es, una boleta simple con todos los candidatos nominados), lo cual ha hecho por la mayor parte de la población. La votación ha sido descrita más como una afirmación de apoyo para el régimen, que como un medio para que los votantes elijan entre los candidatos contendientes o las políticas (48).

La causa de los reformadores del partido recibió un duro golpe en septiembre de 1992 cuando Carlos Aldana, el político más poderoso además de los hermanos Castro (Fidel y Raúl), fue despedido del Buró Político, aparentemente por estar involucrado en tratos financieros ilegales (49). Aldana había estado bajo sospecha durante meses. En un discurso dirigido a la Asamblea Nacional en diciembre de 1991, admitió su propio temprano encaprichamiento con las políticas de perestroika y glasnot de Gorbachev y creyó que Castro estaba francamente de su lado. El continuó criticando a los disidentes cubanos como un “revoltijo de personas mediocres, frustradas y amargadas” (50).

Sin tener en cuenta las razones reales para la destitución de Aldana, esto cambió el balance de poder dentro de los escalones cimeros del partido en favor de los conservadores. La posición de Aldana como jefe de la ideología del Comité Central, cayó en manos del conservador José Ramón Balaguer, quien también fue promovido al Buró Político. Poco después de entrar en funciones, Balaguer dijo ante una reunión de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC), que “el papel de los periodistas no era promover el debate, sino proveer al pueblo cubano con los argumentos necesarios para apoyar la revolución” (51).

Como la economía se deterioraba en 1992 y 1993, la tolerancia de la dirigencia cubana para la disidencia política se contrajo junto con esa situación. Raúl Castro emergió como la figura fundamental en la respuesta del régimen. A pesar de su hostilidad

para la idea de una liberalización política, Raúl fue un persistente defensor de reformas económicas. Exhortó a la aplicación de experimentos de dirección que ya existían en las fuerzas armadas desde 1986, para el sector estatal de la economía civil. Estas reformas, adoptadas bajo la rúbrica de Plan de Perfeccionamiento Empresarial, incluía una significativa descentralización de la autoridad directora e incrementaba el uso de los incentivos basados en el mercado (52). En 1993, cuando empeoró la escasez de alimentos, Raúl finalmente convenció a Fidel de permitir la reapertura de los mercados campesinos privados, como un medio de estimular la producción de alimentos. El suministro suficiente para que el pueblo comiera se había convertido en un asunto de seguridad nacional. “Son más importantes los frijoles que los cañones”, argumentó Raúl (53).

Sin embargo, en cuanto a los asuntos políticos Raúl era intransigente. En medio de una ofensiva gubernamental sobre el pequeño movimiento disidente que siguió al Cuarto Congreso, advirtió que el gobierno podría restablecer los Tribunales Revolucionarios utilizados para procesar a los acusados de contrarrevolucionarios a principios de la década de 1960 (54). A causa de que la economía continuaba descendiendo, crecía el descontento político, el cual culminó con tumultos populares de matices políticos en el verano de 1993 en Cojímar, en agosto de 1994 en el malecón habanero y con la crisis de los “balseros” en septiembre de 1994. Para 1995 la tolerancia de la dirigencia para las expresiones a favor, incluso, de cambios políticos modestos, se habían evaporado.

En marzo de 1996, Raúl Castro presentó un informe del Buró Político ante el plenario del Comité Central en el cual esbozaba con considerable sinceridad los desafíos

políticos e ideológicos presentados tras la caída del comunismo europeo, la terrible declinación económica, y las necesarias concesiones del régimen al sector privado y de mercado. Todo esto había originado “sentimientos de depresión y confusión política”, reconoció. El partido necesitaba emprender una “batalla de ideas” para explicar estos acontecimientos, a fin de que menos personas perdieran su fe en los valores socialistas y fueran seducidas por el consumismo capitalista. “Debemos convencer al pueblo o el enemigo lo hará” (55).

Como una lección de final negativo, Raúl Castro escogió a los propios centros de investigación del Comité Central, sobre todo el Centro de Estudio de América (CEA), del cual dijo que había sido víctima de los esfuerzos de Estados Unidos para una “subversión interna”. Además, extendió su crítica a cada institución de búsquedas intelectuales. “Dentro de las universidades, en el cine, la radio, la televisión y la cultura en general, existen dos tipos de conducta: la que le es fiel a nuestro pueblo revolucionario y el minoritario comportamiento de orientación anexionista, que está bien lejos de la conducta patriótica de la mayoría de nuestros intelectuales”. Previno a los medios masivos de comunicación de no tomar demasiada actitud crítica (un error que había erosionado la autoridad del partido en Europa Oriental y en la Unión Soviética, preparando el terreno para la restauración del capitalismo). El partido necesitaría “examinar” todas estas instituciones, concluyó, a fin de frustrar los proyectos de Estados Unidos de convertirlas en “quintacolumnistas” (56).

Los conservadores del partido fueron capaces de ganar ventaja a causa de la intensificada tensión entre Cuba y Estados Unidos. El discurso de Raúl en marzo de 1996 tuvo lugar sólo unas pocas semanas después de que aviones de combate de la fuerza aérea

cubana derribaran dos avionetas de Hermanos al Rescate, lo cual impulsó la rápida aprobación del Acta para la Libertad Cubana y la Solidaridad Democrática (LIBERTAD) de 1996 (Helms-Burton), un mayor endurecimiento del embargo norteamericano, y se convirtió en ley. Incluso antes del derribo, los dirigentes cubanos habían estado cada vez más preocupados de que Washington pudiera explotar la creciente diversidad de la sociedad cubana para subvertir la revolución. El descontento y la desmoralización eran reales, por todas las razones señaladas por Raúl Castro, y la proliferación de grupos y sectores sociales que no estaban directamente bajo el control del partido (los pequeños agricultores, empresarios, iglesias y organizaciones no gubernamentales, ONGs) crearon aperturas que el enemigo podría explotar. Los grupos disidentes, si bien pequeños y aislados, estaban proliferando y tratando de forjar una coalición, el Concilio Cubano, el cual el gobierno rápidamente hizo pedazos, al arrestar a sus más prominentes organizadores.

La política norteamericana hacía relativamente fácil para los partidarios de la línea dura atacar cualquier opinión divergente como una potencial amenaza. Empezando con el Acta para la Democracia Cubana de 1992 (la Ley Torricelli), la política de Estados Unidos llamaba a promover contactos de pueblo a pueblo que pudieran ayudar a fortalecer la sociedad civil cubana a costa del control del partido. La ley incluso autorizaba la financiación norteamericana “para el apoyo de individuos y organizaciones, a fin de promover un cambio democrático no violento en Cuba” (57). El presidente Bill Clinton anunció la primera subvención bajo este título de la ley en octubre de 1995, sólo unas pocas semanas después de que su consejero especial para Cuba, Richard Nuccio, concedió una extensa entrevista en la cual explicaba que el propósito de estos esfuerzos

alternativos (la política denominada “Track II”) era debilitar el régimen cubano desde adentro (58).

El Quinto Congreso del PCC, en 1997, ofreció una oportunidad para evaluar la efectividad de la respuesta del partido y el gobierno a la crisis del Período Especial. Dos resoluciones principales fueron debatidas en las reuniones preparatorias con vistas al Congreso: una sobre estrategia económica y otra sobre política. Juntas, ellas hacían una demostración de los límites para un cambio adaptable. La resolución económica solicitaba mayor eficiencia y un continuado crecimiento en el sector turístico como la fuente principal de moneda convertible; pero no ofrecía nuevas reformas (59). La resolución política, titulada “Defendemos el Partido de la Unidad, la Democracia y los Derechos Humanos” constituía un manifiesto contra la liberalización política.

Argumentaba en defensa del sistema de partido único de Cuba, encabezado por el Partido Comunista; a favor de la democracia socialista, basada en la participación masiva, en vez del “liberalismo” burgués de disputas entre diversos intereses; y en pro de los derechos humanos basados en la justicia social, en lugar de las desencadenadas libertades políticas. En pocas palabras, representaba un resumen para el status quo político.

El documento presentaba a la revolución de 1959 como una continuación directa de la lucha por la independencia y la soberanía nacional, remontándose a 1868 y describía al Partido Comunista de Cuba como el “heredero legítimo” del Partido Revolucionario Cubano de José Martí. La desunión entre las fuerzas revolucionarias condujo a la derrota en 1878, a la dominación de Estados Unidos después de 1898 y al fracaso de la revolución de 1933. “Por lo tanto, la gran lección ha brotado de nuestra propia experiencia histórica: Sin unidad, los revolucionarios y el pueblo no pueden lograr

algo en su lucha”, afirmaba la resolución política y la unidad requería, como en la época de Martí, un partido único para evitar que Estados Unidos reimpusiera un capitalismo neocolonial sobre Cuba (60).

El Quinto Congreso eligió un nuevo Comité Central de sólo 150 miembros, mucho menos que los 225 electos en el Cuarto Congreso. La rebaja intentaba hacer que el cuerpo fuera más eficiente e impedir que fuera infectado con algún “virus ideológico”, explicó Raúl Castro, quien al parecer tenía un papel principal en el proceso de selección. “Lo que les ocurrió a los países socialistas de Europa del Este y a la Unión Soviética no va a pasar aquí”, agregó (61). Por lo visto, la diversidad de pareceres dentro del partido, que generaban diferencias entre los reformadores y los partidarios de la línea dura, aunque sumergida desde la destitución de Aldana, persistía. Los reformadores aún sufrieron otro golpe cuando el ministro de Relaciones Exteriores Roberto Robaina fue despedido por deficiente desempeño en 1999 (aunque su separación coincidió con una investigación sobre corrupción en una firma en la cual su esposa era una funcionaria de alto rango). Fue remplazado por Felipe Pérez Roque, jefe de personal de Castro, un reputado partidario de la línea dura (62).

La reafirmación de la estrategia de reforma limitada en el Quinto Congreso hacía pensar que Castro y sus lugartenientes del más alto rango estaban generalmente convencidos de que habían resistido lo peor del remolino económico y político que siguió al derrumbe de la Unión Soviética. La gradual recuperación de la economía y la ausencia de nuevas olas de desorden público después de 1994, sirvió como evidencia del éxito de su estrategia. Sin embargo, debajo de la superficie, hasta las limitadas reformas económicas impuestas al régimen por la necesidad de volver a entrar en la economía

global, estaban teniendo significativas repercusiones sociales y estaban cambiando el terreno político del futuro.

Como las reformas de mercado debilitan el control del Partido Comunista sobre la economía, su monopolio político también se ve desgastado. Los empresarios que surgen, tanto campesinos como pequeños negociantes, dependen menos y menos del estado para su bienestar. A causa de que ellos acumulan riqueza y crecen cada vez más, indispensable para la salud de la economía, su deseo de una menor interferencia del gobierno es seguro que tome una dirección política más explícitamente. Incluso dentro de la élite gubernamental están los gerentes pragmáticos, quienes son responsables de solucionar los problemas reales y constituyen una fuerza para el cambio. Los gerentes de las empresas mixtas y las industrias orientadas hacia el exterior ya están teniendo que adaptarse a la disciplina de mercado. Como los subsidios para las empresas estatales se agotaron, otros gerentes cubanos también se verán forzados a adaptarse y presumiblemente presionarán por políticas gubernamentales que hagan sus trabajos más fáciles **(63)**.

Como los cubanos interaccionan cada vez más con comunidades extranjeras mediante el turismo, visitas de familiares y cooperación profesional (todo lo cual lo promueve el gobierno por razones económicas), aumenta el peligro de que aumente la “contaminación ideológica”. La proliferación de organizaciones no gubernamentales en los últimos años ha creado redes sociales independientes de la supervisión y dirección del partido. Incluso aquellas que han sido engendradas por el propio gobierno, con el propósito de solicitar moneda convertible a ONGs del exterior, crean mecanismos mediante los cuales un creciente número de cubanos entran en contacto con personas (e ideas) foráneas.

El acercamiento del gobierno con la Iglesia Católica Romana es una acomodación ejemplar, porque representa la rendición del monopolio organizacional e ideológico del régimen. La Iglesia está en el proceso de desarrollar una infraestructura de grupos religiosos, sociales y de caridad de un lado a otro de la isla (la única estructura de organización nacional que no es controlada por el estado). Aunque la Iglesia tiene el cuidado de no desafiar al régimen demasiado directamente, ocasionalmente expresa críticas sobre las políticas estatales, especialmente en el campo de los derechos humanos. Incluso, la existencia de grupos disidentes pequeños y hostigados constituyen una evidencia de la erosión del control político, teniendo en cuenta que previamente no se toleraba en modo alguno una oposición semejante.

El gobierno puede intentar contener estos indicios (como ha hecho), pero no los puede eliminar porque son la inevitable consecuencia de las concesiones económicas al capitalismo que Cuba se ha visto forzada a hacer. El mercado ha desgastado el alcance del control del estado y el partido, creando lo que un observador de Europa del Este ha denominado “islas de autonomía” en la sociedad civil, las cuales sirven, aunque frágilmente, como “espacios seguros” dentro de los cuales el pueblo fragua nuevas relaciones sociales y redes de comunicación, adquiere conciencia de sus intereses comunes y desarrolla la capacidad de políticas fuera del régimen (64). Este fortalecimiento de la sociedad civil a costa del estado ha llevado a Jorge Domínguez a argumentar que Cuba ya ha hecho la transición al régimen “post-totalitario”, siguiendo el análisis de Linz y Stepan, quienes describen este tipo de régimen como uno con creciente pluralismo social, pero muy poco pluralismo político; un decreciente compromiso ideológico de parte del público; e instituciones partidistas y estatales burocratizadas (65).

Sin embargo, en un sentido importante, Cuba se aparta del modelo de Linz y Stepan. A pesar de las adaptaciones forzadas sobre el Partido Comunista de Cuba durante la pasada década, el carismático fundador de la revolución, que mantiene viva la llama del nacionalismo radical y la justicia social, aún dirige el PCC.

Sucesión

Estableciendo las nuevas reglas de juego

“Los Hombres Mueren, pero el Partido es Inmortal”, se lee en el titular mayor del diario *Granma*. Como sugería este titular de 1973, cuando el PCC se estaba fortaleciendo como parte de la “institucionalización” de la revolución, un propósito del partido es asegurar la continuidad del sistema socialista de Cuba más allá de la generación fundadora (66). El pase de esa generación y su máximo líder se divisa ahora en el cercano horizonte.

La especulación sobre quién será el sucesor, aunque es extendida, no es muy fructífera; la lista de las personalidades favorecidas fluctúa demasiado frecuentemente (los nombres de Antonio Pérez Herrero, Luis Orlando Domínguez, Carlos Aldana y Roberto Robaina han ido de un lado a otro sólo en los últimos quince años). Si la actual cosecha de líderes mayormente mencionados como posibles sucesores (Carlos Lage, Ricardo Alarcón y Felipe Pérez Roque) todavía se mantiene cuando finalmente Fidel se retire de la escena, sólo el tiempo lo dirá. No obstante, el propio PCC inevitablemente experimentará considerables cambios tras la partida de Fidel Castro. En los más altos escalones de la dirigencia, el heredero de Castro tendrá que establecer nuevas reglas de juego (67).

Como fundador del régimen, Fidel Castro ha mantenido una autoridad inexpugnable dentro de la dirigencia revolucionaria. Esto no quiere decir que otros líderes de rango superior no puedan discutir con él sobre diferencias políticas; ellos pueden hacerlo. El Che Guevara discrepaba con Castro sobre las relaciones de Cuba con la Unión Soviética; Carlos Rafael Rodríguez disentía con él respecto a la adopción de incentivos morales en la política económica en la década de 1960 y quizá de nuevo a finales de la de 1980; Raúl Castro discrepaba con su hermano sobre la necesidad de reformas económicas internas tras el desplome de la Unión Soviética. Sin embargo, debatir sobre política no es lo mismo que cuestionar o desafiar el liderazgo de Castro. Los pocos miembros de la élite que han intentado hacer esto último fueron castigados severamente. El Presidente Manuel Urrutia fue sacado del cargo en 1959 y Húbert Matos fue arrestado y encarcelado ese mismo año por cuestionar la trayectoria comunista de la revolución. Aníbal Escalante y su “micro-fracción” de viejos comunistas fueron enjuiciados y encarcelados en 1968 por conspirar contra Castro. El General Arnaldo Ochoa y el ministro de Transporte Diocles Torralba fueron procesados (y Ochoa fue ejecutado) por corrupción, pero parte de su delito fue que ellos habían cuestionado la aptitud de Castro (68).

En momentos en que la dirigencia revolucionaria ha sido agrietada por marcadas escisiones, la autoridad de Fidel Castro ha suministrado el pegamento para sostener unidas a las facciones (durante los conflictos entre el ala urbana del Movimiento 26 de Julio y el Ejército Rebelde, entre los veteranos de la Sierra Maestra y los viejos comunistas, entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias y el Ministerio del Interior en el

período posterior al caso Ochoa y entre los reformadores y los partidarios de la línea dura, a todo lo largo del Período Especial.

La autoridad preeminente de Castro impone una particular clase de proceso informal de establecer la política dentro de la cima de la dirigencia, sin tener en cuenta las reglas formales. En vista de que Castro puede intervenir en cualquier asunto político que seleccione y resolverlo, la toma de decisión de la élite inevitablemente implica ejercer presión sobre Fidel. Otros dirigentes deben competir por la atención y el tiempo de Castro, esforzándose para que él se centre en sus asuntos prioritarios y decidan a su favor (69). La cercanía a Castro es el máspreciado recurso político y quizá no sea coincidencia que los líderes más jóvenes (por ejemplo: Carlos Lage y Felipe Pérez Roque) han alcanzado prominencia al servir como sus ayudantes. Por consiguiente, los conflictos políticos entre las facciones de la élite, son canalizados hacia arriba hasta llegar a Fidel por resolución, en vez de permanecer por debajo y causar permanentes grietas o expandir su alcance, a fin de acortar posibles aliados de las instituciones del estado y del partido con las masas de la población.

Cuando Castro se retire de la escena política, todo esto cambiará. Raúl Castro casi seguro asumirá el manto formal de la dirigencia como jefe del partido y el gobierno, pues ya sostiene la posición número dos en ambos cuerpos públicamente y ha sido repetidamente designado por Fidel como sucesor desde los más tempranos días del gobierno revolucionario (70). Además, solamente Raúl entre los herederos tiene una camarilla personal de funcionarios del más alto rango en el partido, el gobierno y las fuerzas armadas. Conocidos como “los hombres de Raúl”, estos incluyen no sólo a sus contemporáneos sino también una generación más joven de profesionales directivos

como la estrella ascendiente Marcos Portal, ministro de la Industria Básica (71). De esta forma, una batalla por la sucesión como la que desgarró a los líderes soviéticos y chinos después de las muertes de José Stalin y Mao Zedong, es improbable en el caso de Cuba. Cuando la división en la dirigencia del partido estanca las luchas por la sucesión en los sistemas de Partidos Comunistas, las fuerzas armadas devienen el factor burocrático fundamental, cuyo apoyo es decisivo (72). Dada la preponderancia de los oficiales de mando superior que han servido durante muchos años con Raúl Castro (los cubanos algunas veces se refieren al ejército como “El partido de Raúl”), es difícil prever un escenario en el cual él no emerja triunfante (73). Aún así, a pesar de un sólido récord directivo como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Raúl carece del carisma y los agudos instintos políticos de su hermano mayor. El aparece ocasionalmente en público, y opera mayormente detrás del escenario. Puede heredar los más altos títulos del régimen, pero no gozará de la autoridad que le permita exigir conformidad de sus colegas.

Cuando comience la sucesión, el primer instinto de los sobrevivientes será presentar un cuadro de unidad para reafirmar ante el público que la continuidad y la estabilidad política del régimen no corren riesgo. No hay duda de que tanto los dirigentes como sus seguidores sufrirán alguna ansiedad, nacida de la incertidumbre; después de todo, el régimen cubano nunca había tenido que hacer frente al futuro sin Fidel en la delantera, trazando el curso de la política estatal, manteniendo la cohesión de la élite, formando una piña con la población alrededor de la bandera y golpeando el patio de los yanquis.

Sobre un número de asuntos, la dirigencia post-Castro indudablemente estará de acuerdo. Ellos estarán determinados, por ejemplo, a mantener la independencia y la soberanía nacional (en otras palabras, para evitar que la isla caiga de nuevo en la dependencia política y económica de Estados Unidos). También convendrá en la necesidad de mantener los logros sociales de la revolución, especialmente aquéllos que disfrutaban de un alto nivel de apoyo popular: el avanzado sistema de atención de la salud y la educación. Sin embargo, como la nueva dirigencia tendrá que hacer frente a difíciles opciones políticas, seguramente se intensificará el debate, impulsados por aquellos que favorecen reformas económicas más completas y una mayor liberalización política. Después de ganar algunas batallas clave a principios de la década de 1990, los reformadores se han visto frustrados por la intransigencia de Fidel. Las demandas reprimidas de otros cambios serán difíciles de contener cuando Castro ya no se mantenga como un insuperable baluarte contra ellos.

¿Cómo los herederos de Castro establecerán las nuevas reglas del juego político? Si tomamos la historia como guía, la nueva dirigencia será más colectiva, no sólo porque nadie puede calzar las botas de Fidel, sino también porque las élites sobrevivientes generalmente prefieren un proceso que se rige más por reglas y, por lo tanto, menos arbitrario que el pasado. Al menos, esta ha sido la experiencia de las sucesiones comunistas en países tan diversos como la Unión Soviética (José Stalin), China (Mao Zedong) y Vietnam (Ho Chi Minh) (74). El mismo Raúl Castro ha anticipado mucho sobre esto. “Muchos otros camaradas y yo tendremos autoridad”, comentó en una entrevista en 2001. “Sin embargo, queremos que el partido la tenga, que es la única cosa que puede garantizar la continuidad, la unión de la nación. Dentro de esa unidad podemos

tener diferencias y todo lo que podamos querer ventilar”. Un antiguo funcionario cubano ha mencionado que Raúl siempre ha estado más dispuesto que Fidel a considerar los debates dentro de la dirigencia. “Fidel es un dios y él (Raúl Castro) es un ser humano”, dijo el funcionario.” Usted no puede argumentar con Fidel, no puede contradecirlo. Pero usted puede hacerlo con Raúl” (75).

La dirigencia colectiva típicamente significa que los debates intra-élite, al menos dentro del Buró Político del Partido, se convierten en más profundos y son decididos por votación. Las políticas de dirigencia cambian de cada quien ejerciendo presión sobre el padre fundador, a coaliciones que ejercen presión unas sobre otras y prestan una atención especial a los indecisos. Los recursos políticos, así como la posición burocrática, toman una nueva importancia. Los estancamientos son posibles y los perdedores pueden estar tentados de desarrollar las posibilidades de conflicto, con la esperanza de prevalecer trayendo nuevos aliados dentro la contienda (76). Nikita Khrushchev, cuando enfrentó una decisión del Politburó para deponerlo en 1957, apeló exitosamente al Comité Central (y de forma implícita a las fuerzas armadas) para que lo confirmaran en el cargo. Mikhail Gorbachev, cuando hizo frente a la resistencia burocrática a su programa de reforma de perestroika, lanzó la glasnot a fin de apelar a la población soviética (77).

La Asamblea Nacional podría beneficiarse, si el proceso de toma de decisiones dentro de la élite se convirtiera en más rutinario y regido por las reglas. Junto con el Comité Central del partido, la Asamblea Nacional es una acumulación en general, e inclusive representativa, de la más alta dirigencia política cubana. Como tal, constituye un foro, al cual los líderes podrían apelar por apoyo o para ventilar propuestas políticas polémicas. En años recientes, el Presidente de la Asamblea Ricardo Alarcón ha estado

entre la media docena de los actores políticos más poderosos en Cuba, y ha procurado hacer el trabajo de la Asamblea más profesional y serio. Si el Presidente de la Asamblea Nacional se mantiene entre el selecto grupo de los políticos cubanos de rango superior, el prestigio y autoridad de la Asamblea misma probablemente aumentará.

El impacto de una sucesión tiene forzosamente que repercutir también en los escalones más bajos del partido. Los nuevos líderes naturalmente buscan implantar sus propios equipos de asesores y directores de alto nivel. Estos cambios de persona, principalmente cuando implican algún grado de movimiento generacional, tienen forzosamente consecuencias políticas. Los estudios sobre la sucesión de la dirigencia en los regímenes comunistas de Europa Oriental han hallado que la sucesión casi siempre dio inicio a considerables cambios en el funcionamiento del régimen (78).

La legitimidad sin Fidel

Además de los retos de establecer nuevas reglas para la realización de la política y la resolución del conflicto intra-élite, los herederos de Castro enfrentarán el desafío de establecer su legitimidad. La inmensa autoridad personal de Fidel Castro en los albores del gobierno revolucionario fue puramente carismática (radicada en su coraje personal, sentido común político, y logros heroicos como el líder que hizo la revolución). El personalmente ha encarnado la revolución más que cualquier otro fundador. En momentos clave del pasado (por ejemplo, el choque con Urrutia, y la crisis sobre el precursor del partido, las Organizaciones Revolucionarias Integradas, ORI) Castro retiró su apoyo a las instituciones existentes y de ese modo provocó su rápido hundimiento. Históricamente, el régimen revolucionario ha extraído su legitimidad de Fidel Castro y no de alguna otra forma.

Para los herederos de Castro, la situación será inversa; su derecho a gobernar derivará de la legitimidad de las instituciones sobre las cuales ellos presidan, no de sus virtudes personales, las cuales sólo pueden aparecer débiles y pálidas en comparación con las de Fidel. Sin la autoridad carismática de Castro, aquellas instituciones tendrán menos legitimidad y por lo tanto menos derecho sobre la obediencia incondicional del pueblo. El fracaso global del socialismo, la subsiguiente crisis económica de Cuba, y la reaparición de los presuntos vicios capitalistas como la delincuencia, la corrupción y la prostitución ya han erosionado seriamente la legitimidad del régimen durante la pasada década (79).

Además, cuando la generación revolucionaria de Cuba abandone la escena, los burócratas cuya reivindicación sobre el pasado heroico es poco convincente, están reemplazando a los idealistas que pelearon contra la dictadura de Batista. Incluso, cada vez menos y menos personas recuerdan las penurias de la sociedad prerrevolucionaria. Cuando los gerentes reemplazan a los visionarios, el ardor ideológico se enfría y los jóvenes no aprecian los compromisos de la revolución y miran sólo sus fallas. En este punto, la revolución de Cuba no es diferente a las de Rusia, China y Vietnam.

Para hacer frente a los desafíos de la legitimidad reducida, los herederos de Castro bien podrían seguir el patrón establecido por los sucesores de los fundadores de los regímenes de Europa Oriental. Sus estrategias incluyeron llamamientos a temas culturalmente resonantes, en especial el nacionalismo; la revigorización de los cuerpos legislativos representativos, para promover un gran sentido de participación popular; y una modesta liberalización política y cultural (80). En especial, el gobierno cubano ya se ha lanzado precisamente sobre estos planteamientos para reforzar su legitimidad durante la década pasada: Los temas nacionalistas que tienen como protagonista a José Martí, han

tenido un mayor desempeño que los leninistas; la Asamblea Nacional del Poder Popular ha empezado a funcionar como algo más que un simple organismo destinado a aprobar automáticamente; y las iglesias Católica y Protestante han sido autorizadas a jugar un rol social cada vez más importante. En caso de la sucesión, se pueden anticipar otros desarrollos a lo largo de estos lineamientos.

Como un ejemplo, Castro se dio prisa en reconocer la fruta caída del cielo representada por el caso de Elián González en 1999-2000. Continuas movilizaciones políticas demandando el retorno de Elián le dieron al régimen una oportunidad de revivir el fervor revolucionario de los primeros años de la revolución para una nueva generación de cubanos. “Ellos nos lo sirvieron en bandeja de plata”, dijo el Presidente de la Asamblea Nacional Ricardo Alarcón de Quesada, con respecto a la confrontación con Estados Unidos y los cubanos de Miami. “Esta es una batalla de ideas que apreciamos claramente... Para la juventud, el primero de enero de 1959, fue algo sobre lo cual han leído acerca de la generación de sus padres. Esto es de ellos. Nosotros hablamos acerca de cómo la juventud está interesada en otras cosas. Pero nadie podía imaginar cómo los acontecimientos aquí afianzaron a las personas de las dos generaciones” (81).

Cuba ya ha hecho considerable progreso en abordar un asunto de la sucesión que desconcertó a los regímenes de China y la Unión Soviética durante años: el tema de la sucesión generacional de la dirigencia. La primera indicación de cambio se produjo en el Tercer Congreso del PCC, el cual por primera vez eliminó un número de *los históricos* (los dirigentes históricos de la revolución) del Buró Político y el Comité Central. El Cuarto Congreso del Partido fue aún más lejos en este sentido. De las 11 nuevas personas añadidas al Buró Político de 25 miembros, todos eran menores de 50 años de edad. El

nuevo Comité Central de 225 integrantes consistía de 126 nuevos miembros y 99 titulares, de los cuales sólo 23 fueron miembros fundadores del Comité Central en 1965. La edad promedio del nuevo Comité Central era de sólo 47 años (82). El Quinto Congreso eligió un Comité Central que era más joven todavía y sólo la mitad de integrantes en relación con el anterior (83). En el nuevo Buró Político, Fidel Castro era el miembro más viejo, y la edad promedio era de apenas 53 años. La Asamblea Nacional ha experimentado un proceso similar de incorporación de dirigentes más jóvenes. La elección de 1993 produjo una Asamblea que contaba con el 83 por ciento de nuevos miembros, con un promedio de edad de 43 años, que se mantuvo sin alterar a través de las elecciones de 1998 (84). “Ha habido ya una tangible transferencia de poder (a la nueva generación)”, explicó el ministro de Relaciones Exteriores Felipe Pérez Roque, “y eso ha sido hecho por Fidel” (85).

Transición

Las dinámicas de la transición democrática

La literatura sobre las transiciones de los gobiernos autoritarios propone que la división de la élite es la fuente de la cual comienza la transición. El surgimiento de reformadores dentro de la élite está preparado para negociar con los opositores del régimen, mientras al mismo tiempo la presión sobre los partidarios de la línea dura a favor de la liberalización es la condición indispensable para establecer la democratización en movimiento (86). Una facción reformadora como esa puede surgir como resultado de la presión popular desde abajo, como en Chile y Polonia, o puede brotar como resultado de las dinámicas internas de la propia élite, como en Brasil y Hungría.

En el caso cubano, la dominación de Fidel Castro de la élite y su reiterado rechazo de la “democracia burguesa” con sus elecciones multipartidistas significa que el evidente surgimiento de semejante facción de reforma política dentro de la dirigencia, es improbable durante su vida. Un esfuerzo incipiente en concordancia con esta línea encabezado por Carlos Aldana, comenzó con anterioridad al Cuarto Congreso del PCC y duró hasta 1995. Sin embargo, Fidel parecía haber llegado a la conclusión de que la liberalización política fue el error fundamental que condujo al desmoronamiento del socialismo europeo y de que la estrategia china de combinar limitadas reformas económicas con un riguroso control político era la mejor apuesta **(87)**. La sobrevivencia política del régimen de Castro y la gradual recuperación económica desde 1994 se mantienen como evidencia de la viabilidad de esta estrategia, al menos a mediano plazo. Si, realmente, Fidel Castro es un partidario de la línea dura con respecto al asunto de la reforma política, entonces la sucesión probablemente es la primera condición necesaria para una transición cubana.

Después de Fidel, una serie de factores entrarán en juego y harán más probable la democratización. Como se ha señalado anteriormente, el debate intra-élite probablemente se hará más vigoroso y de gran alcance cuando Castro no esté allí para servir como un árbitro final de la política. Mientras más intenso y abierto sea el debate político entre los herederos de Castro, provocará un mayor debate entre el público. Algunos miembros de la élite (más probablemente los reformadores) querrán promover mayores espacios para la discusión pública, como una vía de fortalecer su posición en el argumento intra-élite.

Entre el público general, las reformas económicas llevadas a cabo desde mediados de la década de 1990 han producido tanto ganadores como perdedores. Los ganadores

incluyen pujantes grupos sociales (pequeños agricultores, empresarios, trabajadores por cuenta propia y trabajadores de la llamada economía del dólar), que son menos dependientes del gobierno y tienen conflictos diferentes (e ideológicos) con él sobre asuntos como el sistema tributario, la regulación y la corrupción. Los perdedores incluyen grupos tradicionalmente favorecidos por el régimen, mayormente leal a él y bien posicionados para insistir en sus quejas (burócratas del estado y del partido, profesionales y trabajadores del sector estatal). En resumen, los asuntos apremiantes están en la agenda y los grupos sociales importantes tienen un interés en ellos, haciendo una ola de políticas controvertidas probablemente cuando las condiciones se hagan más propicias.

Por último, el ambiente internacional dentro del cual Cuba se ha estado autorreintegrando desde el derrumbe de la Unión Soviética, da gran importancia a la democracia y al cumplimiento de los derechos humanos. Estos asuntos no sólo reciben presión de Estados Unidos (aunque Washington ha sido el crítico más visible de Cuba, al tomar la delantera en los foros internacionales en la recriminación a Cuba). Los vecinos de Cuba en América Latina y sus principales socios económicos en Canadá y la Unión Europea también se han comprometido a promover estos valores (88). A pesar de la antigua sensibilidad y resistencia de Cuba a los intentos extranjeros de presionar al régimen sobre asuntos de política interna, el ambiente internacional en el cual Cuba debe vivir y hacer negocios continúa presentando incentivos que alientan la liberalización y desalientan la reincidencia.

Los comunistas después de la transición: Los precedentes europeos

Si la aparición de una facción reformadora en la élite cubana fuera a poner en movimiento un proceso de liberalización y al final la democratización, ¿en qué se

convertirían las instituciones centrales civiles del presente régimen (el Partido Comunista, los Organos del Poder Popular, las organizaciones de masas y la burocracia gubernamental)? Uno podría esperar que el destino de las viejas instituciones del régimen dependería crucialmente de la naturaleza de la transición, con una transición negociada (o “pactada”) conservando mucho más del viejo sistema que una transición forzada “desde abajo”, especialmente si esta última fuera a implicar una considerable violencia. Este es verdaderamente el argumento formulado en mucha de la literatura sobre las transiciones basada sobre América Latina y el sur de Europa (89).

Sin embargo, la experiencia de los regímenes comunistas europeos desmienten estas predicciones. El hundimiento del comunismo europeo se produjo tras una amplia variedad de caminos transicionales, desde pactos iniciados por el régimen en Bulgaria y Hungría, a pactos forzados por movilizaciones masivas en Polonia, Checoslovaquia y Alemania Oriental, hasta la insurrección violenta en Rumania. Sin embargo, los resultados han sido sorprendentemente similares. Inicialmente, los comunistas dejaron el poder en desorden y desprestigio y en la mayoría de los países, recibieron una total paliza en la primera vuelta de las elecciones libres y multipartidistas.

No obstante, los partidos y sus organizaciones de masas asociadas no desaparecieron. Ellos experimentaron una transición propia, con facciones reformadoras tomando el control (algunas veces, incluso, antes de que los partidos fueran sacados del cargo, como en Polonia, Hungría y Bulgaria) y reorientando al partido hacia la democracia social estilo Europa Occidental (como en los casos de Polonia y Hungría) o el socialismo democrático (como en Alemania Oriental). Resurgiendo sobre la escena política relativamente rápido, estos “partidos sucesores” se presentaron a sí mismos como

la oposición principal dentro de los nuevos sistemas democráticos y como los críticos más notables de la privatización económica. Dentro de sólo unos pocos años, se completó la rehabilitación de los comunistas; ellos empezaron a ganar de nuevo el control de los gobiernos a través de toda la región. Los partidos sucesores retornaron al poder en Hungría y Bulgaria en 1994, Polonia en 1995 y Albania en 1997. En Rusia, después de ser prohibido tras el intento de golpe de 1991, el Partido Comunista ganó un tercio de los escaños en la Duma en 1995 y se convirtió en el partido de mayor representación en ese órgano legislativo. Incluso, en países donde los comunistas permanecían como minoría (la República Checa, Eslovaquia y Alemania) los partidos sucesores se mostraron sorprendidos al mantener poder, dado lo desacreditados que estaban los regímenes comunistas en 1989.

Un complejo conjunto de causas yacen detrás del rebote de los depuestos partidos comunistas en Europa: (1) las ventajas organizacionales de los partidos, (2) la disponibilidad de electorados naturales, (3) los motivos de queja de la propia transición y (4) la persistencia de los valores socialistas.

Incluso en la derrota, en la mayoría de los lugares los comunistas todavía tenían un aparato político en funcionamiento y un núcleo de activistas consagrados. La relativa falta de infraestructura organizacional entre las fuerzas políticas que se oponían al comunismo, dejaron el campo abierto para que los partidos sucesores persistieran como un elemento considerable en las nuevas democracias (90). La debilidad de los partidos no comunistas era causada por las condiciones de los gobiernos comunistas, los cuales no permitieron el desarrollo de aparatos de oposición de consecuencia alguna, excepto en Polonia, donde el sindicato Solidaridad dominó las fuerzas anticomunistas. Las

movilizaciones de masas contra los regímenes comunistas fueron en gran parte espontáneas, basadas en redes sociales informales de familias y amigos (redes suficientes para producir manifestaciones masivas que condujeron a la transición, pero no adecuadas para organizarse de una forma política sostenida. Además, en muchos países de Europa del Este, la idea misma de partidos políticos se había desacreditado por el gobierno comunista, tanto que el pueblo rechazaba todas las afiliaciones partidistas. Antes de la transición, los disidentes reforzaron esta aversión al presentar la expansión de la “sociedad civil” como una alternativa apolítica para la directa confrontación con el gobierno comunista. Por consiguiente, en muchos países, las elecciones libres produjeron una profusión de minipartidos, la mayoría de los cuales eran, desde el punto de vista organizacional, mucho más débiles que los vencidos comunistas (91).

En muchos países, los partidos que sucedieron a los comunistas fueron capaces de asumir el manto del principal partido de la izquierda, y se posicionaron como la primera voz de la oposición a los sufrimientos económicos infligidos por la privatización y como defensores del bienestar social y políticas económicas redistributivas. Los viejos comunistas podían basar sus demandas para representar a la izquierda en sus históricos compromisos de programas sociales tales como el cuidado universal de la salud y la educación, los cuales gozaban de una amplia popularidad y que fueron desgastados por la transición al capitalismo. Estadísticas de encuestas realizadas a través de Europa del Este y las antiguas Repúblicas Soviéticas han hallado la persistencia de lo que Mahr y Nagle califican como una *cultura de valor socialista*, la cual incluye el compromiso de igualitarismo, solidaridad social, participación estatal en el manejo de la economía y la provisión de bienes sociales como el cuidado de la salud, la educación y la seguridad

social (políticas todas asociadas con los anteriores regímenes comunistas y defendidas por partidos sucesores) (92). En resumen, la decepción con los costos de la transición (la dislocación económica, la corrupción frecuentemente asociada con la privatización, la cacofonía política del argumento democrático entre lo no experimentado) establecieron el escenario para el rebote comunista.

En muchos países, los sindicatos de la era comunista continuaron siendo las más grandes federaciones sindicales y mantuvieron sus lazos con los partidos sucesores. En Polonia y Hungría, los sindicatos en realidad eran miembros formales de los bloques electorales encabezados por partidos sucesores (93). Además del apoyo electoral laboral, los partidos sucesores extraían apoyo de los jubilados, quienes veían caer en picada su estándar de vida como resultado del desgaste del sistema de bienestar social y de los antiguos funcionarios del viejo régimen, muchos de los cuales retenían un grado de lealtad ideológica al socialismo.

A los cuadros comunistas individuales les iba bien también. Como la membresía del partido era casi un requisito para alcanzar posiciones profesionales de rango superior o de gobierno, los aparatos administrativos del estado y la economía estaban operados casi en su totalidad por comunistas nominales. Sin duda, el compromiso ideológico de muchos era poco convincente, principalmente hacia el final de los regímenes, pero la escasez de administradores no comunistas significaba que la burocracia continuó estando en manos de los antiguos miembros del partido. Los nuevos estados simplemente no podían prescindir de ellos (94).

Perspectivas para un partido sucesor cubano

Muchas de las condiciones que establecieron el escenario para la resurrección política de los partidos sucesores de Europa del Este parecen estar presente también el caso cubano. Organizacional e ideológicamente, el PCC es más fuerte que lo que eran la mayoría de los partidos europeos en vísperas de la transición. Durante de la década de 1980, la legitimidad de los partidos europeos estaba tan gravemente erosionada, que constantemente perdían miembros, incluso aunque le membresía era necesaria para el ascenso de las carreras. En Cuba, por el contrario, el partido ha crecido rápidamente durante todo el Período Especial, a casi el doble de la tasa de la década anterior. En momentos de grave dislocación económica, la dirigencia cubana ha tratado de fortalecer el principal instrumento de movilización y motivación ideológica, ampliando su apelación nacionalista como el partido de la “nación cubana”, abriendo sus puertas a los creyentes religiosos y haciendo que la admisión a la membresía del partido esté supeditada al voto de confianza de los compañeros de trabajo del candidato a miembro. Que el partido haya crecido tanto como lo ha hecho es una señal de su capacidad de recuperación. Sin duda, tangibles beneficios materiales están sujetos a la membresía en el PCC (aunque los beneficios son relativamente pocos para las filas); pero esto fue más cierto aún en los partidos de Europa del Este y sin embargo no detuvo el éxodo de los desafectos.

Entrevistas con varios cientos de electores cubanos en las elecciones para delegados locales en 1989 arrojaron que las personas tenían la tendencia a votar por candidatos sobre la base de características personales positivas como la honestidad y la mentalidad cívica. Muchos votantes ni siquiera sabían si los candidatos eran miembros

del PCC y sólo el 10 por ciento de los electores dijo que ellos tomaban en cuenta la membresía al partido a la hora de emitir su boleta. Sin embargo, la mayoría de los candidatos nominados y electos por los vecinos son, de hecho, miembros del PCC, lo cual sugiere que, en el nivel de base, el partido está teniendo éxito al incorporar personas que son dedicadas y activas y gozan tanto del respeto como de la credibilidad entre sus compatriotas (una enorme ventaja en cualquier contienda multipartidista futura) (95).

Además, Cuba ha sido menos tolerante de otros partidos políticos o asociaciones de mentalidad voluntaria políticamente que lo que fueron muchos regímenes de Europa del Este. Los pocos grupos disidentes que existen son hostigados y rigurosamente controlados para evitar que ganen algunos partidarios entre las masas. Por consiguiente, una transición en cualquier momento del futuro previsible encontraría opositores del PCC pobremente organizados, fragmentados y dependientes del tipo de redes informales que demostraron ser cruciales para la transición europea, pero sirvieron mucho menos también allí en las elecciones subsiguientes (96). Los disidentes cubanos carecen de los bienes organizacionales que permitieron a los opositores de los sandinistas triunfar en la elección nicaragüense de 1990 (la diferencia radica en que los sandinistas nunca mantuvieron completamente reprimidos a sus oponentes). Esta debilidad organizacional de la oposición cubana (o incluso de la posible oposición que pueda surgir) hace más probable que, en el caso de una transición democrática, el PCC o sus sucesores sean capaces de asumir el papel del principal partido de la izquierda de Cuba.

El PCC probablemente sería reforzado en ese rol por la continua fuerza de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC). A pesar de la proliferación de los sindicatos independientes durante las transiciones en Europa del Este, las viejas organizaciones

sindicales demostraron ser sorprendentemente resistentes. Las razones para esta resistencia son equiparables a las razones de la continua fuerza de los partidos sucesores. Organizados prácticamente en cada centro de trabajo de un país, los viejos sindicatos tenían una estructura muy desarrollada y cuadros experimentados, en algunos casos seleccionados mediante elecciones bastante libres para producir líderes locales respetados por sus compañeros de trabajo. Cuando las transiciones al capitalismo en Europa del Este produjeron dislocaciones económicas, cuyos costos cayeron desproporcionadamente sobre la clase trabajadora, los viejos sindicatos fueron capaces de responder a los desafíos más eficazmente que las incipientes uniones sindicales. De hecho, la pérdida del apoyo estatal para los sindicatos de Europa del Este probablemente los fortaleció porque los liberó para defender los intereses de sus electores activamente, en vez de subordinar los intereses laborales a los del partido y el estado, como se les exigía que hicieran bajo el viejo régimen. En casi todos los antiguos países comunistas en Europa, la mano de obra organizada permanece como un elemento clave de la base electoral de los partidos sucesores.

En Cuba, la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) tiene una historia de tradición y militancia que se remonta a la década de 1930. De hecho, como la CTC fue liderada por los comunistas la mayor parte del tiempo antes de 1959, su enfoque hacia las actividades sindicales fue más político que el de los sindicatos en muchos otros países. Incluso después de 1959, cuando la CTC se vio oficialmente subordinada al papel dirigente del nuevo Partido Comunista, persistió en tratar de defender los intereses de sus miembros, dentro de los límites establecidos por el sistema leninista de Cuba: La dirigencia de la CTC expresaba preocupación sobre los asuntos laborales directamente a

los líderes del partido y del estado en vez de movilizar a los trabajadores a hacer demandas con la amenaza de huelga. Ciertamente, como señala Debra Evenson, bajo el sistema de planificación central prevaleciente en Cuba previo al Período Especial, la mayor parte de las condiciones de trabajo en las empresas (incluyendo los salarios y el tamaño de la fuerza laboral) eran establecidas por la política nacional. A causa de que los gerentes empresariales tenían poca capacidad de decisión sobre temas de esa índole, las acciones laborales locales no habrían sido un remedio efectivo en cualquier caso (97).

Esta relación “no antagónica” entre los sindicatos y el estado, sin embargo, no quería decir que dejaran de existir conflictos. En la década de 1960, la CTC se resistió a la imposición de incentivos morales y a las movilizaciones de trabajo voluntario, de forma tan vigorosa que en 1966 la mayoría de sus líderes de rango superior fueron reemplazados por personas sin activismo ni historia laboral. Los aparatos de nivel intermedio de los sindicatos nacionales fueron disueltos, y sólo quedó en pie la burocracia de la confederación central. En muchos centros laborales, los sindicatos locales fueron suplantados por el “movimiento de trabajadores de avanzada”, compuesto por un grupo élite de trabajadores ejemplares, cuyo mérito principal era que ellos excedían sus metas de producción. Esta degradación de los sindicatos fue revertida a principios de la década de 1970, y la CTC reanudó su doble rol de exhortar a la fuerza laboral a una mayor productividad y representar los intereses de los trabajadores, tratando tanto con los gerentes empresariales como con el estado (98).

Durante el Período Especial, los sindicatos han tenido una voz, aunque apagada, en protesta contra el crecimiento de la desigualdad social como consecuencia de la dolarización y los despidos causados por la racionalización de empresas estatales (99).

Gillian Gunn describe un conflicto a principios de la década de 1990 entre un sindicato local y un inversionista extranjero sobre prácticas severas de dirección, que casi culminó en una huelga (100). Como Cuba toma acciones para mejorar la eficiencia económica al descentralizar la toma de decisiones a nivel de empresa (bajo el Plan de Perfeccionamiento Empresarial), los sindicatos locales están encontrando que los gerentes a ese nivel, por primera vez tienen la capacidad de tomar decisiones sobre tarifas salariales, contratar y despedir empleados, condiciones laborales y cosas así, las cuales afectan directamente los intereses de los afiliados al sindicato. Los acuerdos de negociación colectivos, en gran parte proforma en el pasado porque muchos de sus términos estaban establecidos por la política estatal, están adquiriendo cada vez más importancia en la definición de los términos de empleo y el papel de la mano de obra en las operaciones empresariales. Por consiguiente, la CTC se ha lanzado a una campaña para entrenar a activistas locales a negociar más efectivamente en las sesiones de negociación y los miembros de la CTC han recibido algún entrenamiento sobre estos asuntos de las uniones sindicales de Europa Occidental (101).

En la base, la elección de los dirigentes sindicales locales se lleva a cabo mediante la nominación pública de múltiples candidatos y elecciones secretas a través del método de boletas (102). De este modo, los líderes sindicales locales tienen considerable legitimidad en los centros de trabajo. Con toda probabilidad, muchas de las mismas personas serían activistas sindicales, incluso si el sistema político cubano fuera a experimentar una transición hacia la democracia multipartidista.

Una serie de encuestas realizadas durante los últimos años entre cubanos de la isla y emigrados recientes a Estados Unidos, constantemente indican la existencia de una

cultura de valor socialista en Cuba, a la cual podría apelar un partido sucesor tras la transición. A principios de 1990, la agencia consultora del Partido Comunista preguntó a la población sobre las condiciones económicas y sociales. Sólo el 10 por ciento de los encuestados opinaba que el transporte público era bueno y el 20 por ciento dijo que la situación alimentaria era buena, sugiriendo que las personas estaban contestando con franqueza; sin embargo, el 77 por ciento sentía que los servicios de salud eran buenos y el 83 por ciento consideró que el sistema de educación era bueno **(103)**. Ocho años después, una consulta popular similar efectuada por el partido encontró mayorías abrumadoras a favor de mantener la salud y la educación totalmente gratis (77.9 y 75.0 por ciento, respectivamente) o parcialmente gratuitas (19.6 y 22.1 por ciento, respectivamente) **(104)**. Una encuesta independiente realizada en 1994 por CID-Gallup preguntó a los cubanos cuál había sido el mayor logro de la revolución: educación (29 por ciento) y el cuidado de la salud (14 por ciento) encabezaron la lista de respuestas y la igualdad (9 por ciento) se ubicó en cuarto lugar. Cincuenta y ocho por ciento de los encuestados dijo que había habido más logros que fracasos desde 1959, pero 31 por ciento opinó que había más fracasos **(105)**.

Mientras los resultados de las consultas populares realizadas en Cuba, especialmente aquellas efectuadas por las propias agencias consultoras del partido, deben ser interpretadas cuidadosamente, una encuesta de 1998-1999, llevada a cabo por la Universidad de la Florida con cubanos emigrados a Estados Unidos, conforma estos mismos resultados básicos. En la encuesta de los emigrados, el 67 por ciento está de acuerdo en que la revolución ha mejorado la educación, y el 53 por ciento concuerda en que había mejorado el cuidado de la salud. Para más del 90 por ciento de los encuestados,

la principal realización de la revolución fue haber hecho que estos servicios estén disponibles gratuitamente y una gran mayoría (90 por ciento para la educación y 71 por ciento para el cuidado de la salud) pensó que estos servicios deberían mantenerse gratis después de una transición cubana **(106)**.

La encuesta de CID-Gallup también preguntaba “En una sociedad, ¿qué usted considera más importante para cada uno? ¿Debe la ley promover la igualdad social y económica o debe promover la libertad individual?” La mitad de los encuestados dijo que la igualdad; 38 por ciento optó por la libertad. Cuando se les preguntó: “¿Quién debería administrar las granjas y las fábricas en Cuba?”, el 51 por ciento dijo que el gobierno; el 36 por ciento consideró que deberían ser administradas de forma privada. No obstante, el 53 por ciento dijo que ellos estarían, al menos, interesados de alguna forma en establecer sus propios negocios privados, si el gobierno lo permitiera, sugiriendo que los cubanos quieren preservar las características clave de su sistema socialista, mientras al mismo tiempo tenían la esperanza de mayores oportunidades personales y libertad **(107)**. Estos hallazgos son muy coherentes con las encuestas llevadas a cabo en Rusia y Europa del Este en el período posterior a la transición, las cuales llegan a la conclusión de que el gobierno revolucionario de Cuba ha tenido éxito en cultivar los valores del igualitarismo, el bienestar social, y la participación del estado en la economía, que estrechamente coinciden con los conceptos de Nagle y Mahr de una cultura de valor socialista, a la cual podría apelar de forma efectiva un partido sucesor en una Cuba post-transición **(108)**.

El nacionalismo también ha sido una potente fuerza ideológica en los países de post-transiciones, especialmente en los Balcanes. En algunos países, los propios partidos sucesores se han valido de los sentimientos nacionalistas para reforzar su apelación; en

otros (por ejemplo, Eslovaquia), los partidos nacionalistas de derecha han obstaculizado a los partidos sucesores la recuperación de su base de apoyo en la clase trabajadora **(109)**.

Por supuesto, en Cuba el partido y el gobierno revolucionario se han empinado como los símbolos del nacionalismo cubano desde el mismo inicio. No fue coincidencia que Castro escogió el momento de la invasión de Bahía de Cochinos en 1961 para declarar el carácter socialista de la revolución cubana. La invasión le dio la oportunidad perfecta para envolver el socialismo en la bandera cubana, convirtiéndolo en un proyecto nacionalista. Cuarenta años después, el caso Elián González demostró que el nacionalismo se mantiene como una potente fuerza política, sin tener en cuenta cómo los descorazonados cubanos comunes pueden estar acerca del declive en su estándar de vida o el esclerótico ritmo del cambio.

Los resultados de la encuesta de CID-Gallup también sugieren que el nacionalismo es un valor perdurable para los cubanos; 88 por ciento de los encuestados dijo que ellos estaban orgullosos de ser cubanos; otro 8 por ciento consideró que de alguna manera estaban orgullosos; y sólo el 4 por ciento dijo que no lo estaban. Al ser preguntados cuál era la principal fuente de los problemas de Cuba, el embargo de Estados Unidos se colocó en el lugar cimero de la lista (31 por ciento). Cuando se les preguntó específicamente si el embargo norteamericano o las dificultades internas eran más responsables de los problemas de Cuba, el 49 por ciento mencionó el embargo y el 28 por ciento se decidió por los problemas domésticos. Tres de cada cuatro cubanos consideran a Estados Unidos como el principal enemigo de Cuba y se opusieron a los límites norteamericanos sobre las remesas y viajes de familiares **(110)**. En resumen, en la medida que el Partido Comunista de Cuba pueda continuar proyectándose a sí mismo como el

defensor de la dignidad y la soberanía cubanas, frente a la hostilidad y dominación de Estados Unidos, será capaz de recurrir a un profundo pozo de sentimiento popular. En una situación de post-transición, cuando presumiblemente aumentará de forma espectacular la participación de Estados Unidos en la isla en fuentes privadas y gubernamentales, las sensibilidades nacionalistas se podrían inflamar fácilmente.

Aunque dos de cada tres cubanos consideran a los cubanos del exterior como “hermanos”, otro tercio de ellos está preocupado de que el retorno de un gran número de exiliados traería “problemas” (111). La encuesta que realizó la Universidad de la Florida con los emigrados indicó que los cubanos se preocupan de que los exiliados puedan reclamar la devolución de sus propiedades nacionalizadas, incluyendo viviendas. No es necesario decir que las estipulaciones sobre la recuperación de propiedades de la ley Helms-Burton de 1996, exacerbó tales temores, lo cual es una de las razones por las que el gobierno cubano ha centrado tanta atención sobre esa legislación (112).

Aparte del asunto de la indemnización por las propiedades nacionalizadas, uno puede imaginar que en un ambiente de post-transición, los cubano-americanos serían la vanguardia de la reafirmación de la influencia norteamericana en Cuba. No hay dudas de que el sector de los negocios de la comunidad cubano-americana estaría entusiasmado de servir como un puente comercial entre los dos países. Si los cubano-americanos retornan y acaparan los bienes productivos (los cuales están enormemente necesitados de nuevas infusiones de capital), de este modo crearían una clase dominante de expatriados y esto podría estimular una reacción violenta de resentimiento. Algunos cubano-americanos podrían verse tentados de tratar de usar su riqueza como poder, a fin de influir en la política cubana en un ambiente de post-transición. De hecho, este es precisamente uno de

los temores de los actuales dirigentes cubanos. “Mientras haya imperialismo, no nos podemos dar el lujo de un sistema multipartidista”, argumentó Eugenio Balari, director del Instituto Cubano de la Demanda Interna. “No podríamos competir con el dinero y la propaganda que Estados Unidos haría entrar a raudales aquí. No perderíamos sólo el socialismo, sino también nuestra soberanía nacional” (113).

Un partido sucesor del PCC podría hacer algo para capitalizar el miedo y el resentimiento que muchos cubanos sentirían al ver a los cubano-americanos retornando a posiciones de poder económico e influencia política. En Alemania, el Partido del Socialismo Democrático (PDS), el sucesor del partido comunista (Partido Socialista Unificado Alemán, SED), que una vez gobernó la República Democrática Alemana, ha sido capaz de establecerse como un “partido de identidad”, representando los intereses y actitudes de los antiguos germanorientales, quienes sienten que su sociedad ha sido aplastada y desaprobada por los germanoccidentales (114).

Las elecciones después de la transición

El Poder Popular fue designado para funcionar en un entorno político sin partidos políticos. Por supuesto, esto refleja la intolerancia del PCC a la oposición y también refleja una profunda corriente en la cultura política de Cuba (una popular aversión a los partidos políticos) que tiene sus raíces en los abusos de los partidos contendientes en los sistemas multipartidistas que existían antes de 1959. Tanto el robo de las elecciones como el de los fondos públicos era la norma y el uso de la violencia contra los opositores también era algo común. Cuando Castro se negó a celebrar elecciones a principios de la década de 1960, a pesar de haberlas prometido durante la insurrección, su popularidad (principalmente entre las clases más bajas) no se vio afectada de manera adversa (115).

En los OPP, las tareas que normalmente los partidos desempeñan en un sistema electoral, son realizadas a través de otros mecanismos o no se efectúan. La selección de candidatos se consigue a nivel local mediante asambleas de nominación de los votantes en subdivisiones de una circunscripción del delegado municipal; las nominaciones para las asambleas Nacional y provinciales se hacen a través de la Comisión de Candidaturas, compuestas por representantes de las organizaciones de masas.

Cambios estructurales relativamente modestos realzarían significativamente el carácter democrático de los OPP. Incluso hoy, a nivel municipal un grupo de personas de igual parecer en el vecindario podría movilizarse a través de las redes de la amistad o religiosas, a fin de obtener el voto para las asambleas de nominación y proponer candidatos que representen sus opiniones. Si ellos proponen una persona respetada y razonablemente bien conocida, también podrían ser capaces de lograr que sea nominada. Aunque las campañas abiertas son prohibidas, de hecho un comité de amigos como ése podría conducir una campaña a nombre de su candidato preferido, mediante las actuales redes sociales. Investigaciones del pasado sobre las elecciones de los OPP, indican que esas redes informales ya constituyen el principal mecanismo mediante el cual la información sobre los candidatos circula entre el electorado (116). Verdaderamente, cualquier grupo social (por ejemplo, los sindicatos, los *santeros*, las organizaciones comunitarias de autoayuda), incluso con una modesta capacidad de movilización en un particular vecindario, ahora tiene la posibilidad de presentarse como candidato a las elecciones locales.

Sin embargo, para moverse más allá del vecindario local al nivel de la municipalidad, y mucho menos al nivel nacional, los concursantes políticos necesitan algo más trabajado que redes informales. Necesitan la capacidad para crear organizaciones explícitas y expresar sus opiniones abiertamente de tal forma que puedan llegar a una audiencia más amplia que la de sus redes de amistad. Sin embargo, los prerequisites clave son las libertades de asociación y de expresión, las cuales permitirían a las personas de igual parecer organizarse, movilizarse y hacer proselitismo en nombre de sus opiniones e intereses. La liberalización política de acuerdo con estas líneas, casi seguro produciría incipientes asociaciones políticas que podrían no ser llamados partidos inicialmente, pero de hecho serían embriones de partidos (como ocurrió en Europa del Este). Si tales libertades fueran establecidas, el único cambio necesario en la ley electoral para las elecciones del gobierno municipal, sería revocar la prohibición de hacer campañas.

En cuanto a las elecciones para las asambleas provinciales y la Asamblea Nacional, la más grave restricción estructural en el actual sistema es la controlada naturaleza del proceso de nominación y la boleta de candidato único. Las elecciones para estos distritos electorales probablemente son muy grandes para reproducir exactamente el proceso de asamblea local a fin de seleccionar nominados, pero algún proceso es necesario para recoger el campo potencial. Si el proceso de nominación es demasiado abierto, una profusión de partidos y candidatos puede hacer que el proceso parezca absurdo. Las primeras elecciones polacas post-transición tuvieron como protagonistas 111 partidos en la boleta (117). Aunque la experiencia de Europa del Este sugiere que el número de partidos disminuiría rápidamente a un más realista surtido, la negativa

experiencia histórica de Cuba con los partidos políticos sugiere un planteamiento prudente desde el principio para que una contienda multipartidista no se vea rápidamente deslegitimizada de nuevo. Algún tipo de proceso de petición probablemente sería lo más viable, con un relativamente alto umbral de firmas necesitadas de obtener en la boleta para las contiendas provinciales o nacionales.

Mientras es imposible prever el espectro completo de partidos que podrían surgir en Cuba si el sistema electoral fuera abierto a una contienda multipartidista, uno puede hacer algunas cultas conjeturas acerca de algunos de los principales contendientes, basadas en experiencias de otros lugares. Además del propio PCC (o su sucesor), la Iglesia Católica tiene una ventaja con respecto a todos los otros posibles contendientes, porque su organización parroquial, su entrenamiento de cuadros locales y sus actividades de trabajo social, propician un aparato de personas a escala nacional con redes y electorados de base comunitaria. Sería sorprendente si el Partido Demócrata Cristiano dejara de surgir de tanta riqueza de recursos. Dados los datos democráticos de la iglesia cubana, el electorado para semejante partido sería más urbano que rural, y compuesto más por blancos que por negros. Y dadas las bien articuladas opiniones de la iglesia sobre los asuntos políticos y sociales en los últimos años, un partido de esa naturaleza, probablemente favorecería el mantenimiento de una fuerte red de seguridad social para los pobres (una posición que alinearía al partido más con los Partidos Demócrata Cristianos de América Latina que con los de Europa).

Otro probable contendiente sería un partido que defienda una rápida transición hacia el capitalismo, basado en reformas económicas neoliberales, la privatización y el acuerdo de asuntos de propiedad con Estados Unidos y a comunidad cubano-americana.

Un partido de esta naturaleza podría autodenominarse Liberal o Conservador o algo por el estilo. Podría apelar a aquéllos que más probablemente saldrían ganando con semejante transición (el incipiente sector privado de los pequeños agricultores y los empresarios por cuenta propia; y los gerentes de corporaciones estatales, pero dirigidas de forma privada, en el sector externo de la economía de Cuba). El especialista cubano Haroldo Dilla ha argumentado que estos sectores sociales pujantes constituyen el principio de una base de clase para la restauración del capitalismo **(118)**. Tal partido, al defender las políticas económicas neoliberales, sin duda sería el más favorecido por Estados Unidos y los cubano-americanos conservadores, quienes estarían tentados de acrecentar las perspectivas del partido con infusiones de recursos. Si el efecto de esa participación extranjera sería fortalecer a semejante partido o debilitarlo al ofender el nacionalismo del electorado, sería, sin duda alguna, un tema de acalorado debate.

Finalmente, Cuba tendrá un partido de izquierda, y lo más probable es que sea el sucesor del PCC. Sus electores serán obreros cuyos trabajos se ponen en riesgo por las reformas orientadas hacia el mercado, afrocubanos que ya han sido perjudicados de forma desproporcionada por tales reformas, los ancianos que dependen de la red de seguridad social porque no tienen medios independientes de apoyo, los miembros de la intelectualidad que se mantienen leales a la promesa de socialismo o socialdemocracia y los antiguos funcionarios estatales y del partido, imposibilitados de convertir su autoridad política en riqueza durante la transición.

La clase trabajadora de Cuba, con su larga historia de militancia sindical y orientación socialista, encontrará aberrante el rápido programa de transición económica de un partido neoliberal. Los afrocubanos, quienes han estado entre los más fuertes

partidarios de la revolución desde el comienzo, tienen vínculos marginales con la Iglesia Católica y, por lo tanto, es menos probable que sean atraídos por los llamamientos de los Demócrata Cristianos. Tampoco es probable que miren con buenos ojos un partido neoliberal apoyado por la predominantemente blanca comunidad cubano-americana.

En pocas palabras, es probable que el partido sucesor de Cuba disfrute de ventajas políticas mucho mayores que las de muchos de sus camaradas europeos. Estas ventajas incluyen un aparato político sin par, calzado en la base con ciudadanos respetados, una cultura de valor socialista que favorece la continuación de los beneficios sociales de la revolución, un fuerte sentimiento nacionalista que impugnará el patriotismo de los partidos y políticos estrechamente vinculados a Estados Unidos y una formidable base de apoyo entre grupos sociales que tienen mucho que perder, si una transición a la democracia en Cuba es acompañada por una transición al capitalismo. Si Fidel Castro y el Partido Comunista de Cuba pudieran ganar una elección libre, en caso de que se celebrara actualmente, es un tema de especulación. No obstante, tras una transición democrática en Cuba, es muy probable que un partido sucesor de izquierda ganaría su participación de las elecciones futuras.

Implicaciones políticas

¿Qué pueden hacer los extranjeros para facilitar una transición en una Cuba más democrática? La primera y más importante respuesta a esta pregunta es negativa: La democracia no puede ser impuesta desde afuera, excepto por una invasión militar y la subyugación. Puesto que únicamente Estados Unidos contemplaría tal acción, una democracia impuesta en Cuba estaría manchada desde su nacimiento por la reafirmación de la histórica hegemonía de Washington sobre la isla (el mismo “pecado original” que

condenó al fracaso al gobierno post-colonial de 1904-1932 y al gobierno post-revolucionario de 1933-1952). Las opciones factibles disponibles para los extranjeros, ya sea Estados Unidos o actores en América Latina y la Unión Europea, están limitadas a políticas que facilitarán la operación de dinámicas internas capaces de llevar a la isla hacia la liberalización y una eventual democratización. No es necesario decir que es igualmente importante evitar políticas que puedan impedir el funcionamiento de estas dinámicas **(119)**.

Durante años, los países occidentales han desarrollado un amplio repertorio de prácticas para apoyar la democracia en el extranjero, muchas de ellas introducidas por el trabajo de fundaciones europeas afiliadas a los partidos de la Democracia Cristiana y la Democracia Social. A mediados de la década de 1980, Estados Unidos, usando a los predecesores europeos como modelo, creó la Donación Nacional para la Democracia (DND) e institutos afiliados, incluyendo el Instituto Republicano Internacional (IRI) y el Instituto Democrático Nacional para los Asuntos Internacionales (IDN).

Como ha señalado Thomas Carothers, la promoción de la democracia se ha centrado en tres amplias áreas: asegurar elecciones libres y justas, reforma de las instituciones estatales y el desarrollo de la sociedad civil **(120)**. Atajando estas tres áreas, está la lógica subyacente de fortalecer los conocimientos organizacionales y la capacidad de movilización de los actores democráticos en varios lugares (partidos políticos, sindicatos, grupos comunitarios, medios masivos de comunicación), de tal forma que será más probable que ellos predominen en la lucha política con actores no democráticos. Típicamente, esto implica entrenamiento de personas en actividades como el monitoreo de elecciones, informes sobre los derechos humanos, organización sindical y formación

de partido. También implica suministrar a los demócratas con los recursos financieros y materiales para construir la capacidad organizacional y extenderse más allá de sus partidarios inmediatos para presentar sus mensajes a una audiencia más amplia, ya sea cara a cara o mediante los medios masivos de comunicación. En resumen, la promoción democrática busca reforzar las perspectivas para el desarrollo democrático en el extranjero mediante el fortalecimiento de lo que los sociólogos llaman el recurso de capacidad de movilización de los movimientos sociales democráticos **(121)**.

La actual política de Estados Unidos hacia Cuba tiene tal elemento. Además de sanciones económicas destinadas a debilitar el régimen de Castro, incluye contactos pueblo a pueblo que intentan aliviar la crisis humanitaria y fortalecer el desarrollo de la sociedad civil cubana. Cuando no están orquestados por el gobierno, los contactos pueblo a pueblo (mediante intercambios culturales o académicos, mejoras de los vínculos aéreos y de telecomunicaciones, y ayuda de organizaciones no gubernamentales) son loables y valiosos para los intereses de los ciudadanos comunes a ambos lados del Estrecho de la Florida. Sin embargo, desde el principio Washington concibió los contactos pueblo a pueblo como una vía de socavar al gobierno cubano. Primero, presentada en el Acta para la Democracia Cubana en 1992, la política fue apodada Track II (Track I se componía de las sanciones económicas). Además de los contactos académicos y culturales, la ley de 1992 autoriza la ayuda del gobierno norteamericano para apoyar a “individuos y organizaciones a promover un cambio democrático no violento en Cuba”. La ley Helms-Burton de 1996 extendió la misión de la construcción de la democracia de este programa político públicamente, autorizando la asistencia a los grupos democráticos y de derechos humanos en Cuba y la ayuda humanitaria para los antiguos prisioneros políticos y sus

familiares. “Creemos que la extensión de hoy alimentará y fortalecerá la novata sociedad civil que será la columna vertebral de la Cuba democrática del mañana”, explicó el presidente Clinton. “Continuaremos ayudando a la oposición democrática de Cuba y a las iglesias, organizaciones de derechos humanos y otras que buscan ejercer los derechos políticos y económicos que deben pertenecer a todos los cubanos” (122).

No pasa inadvertido el anuncio de Fidel Castro de que Washington prevé la Track II como un instrumento de subversión. “Busca destruirnos desde adentro”, declaró en julio de 1995. “Estas personas quieren ejercer influencia mediante amplios intercambios con diversos sectores que ellos consideran vulnerables” (123). Como era de esperar, el gobierno cubano ha reaccionado violentamente a los intentos de Washington de reforzar la disidencia interna, tratando a todos los disidentes como si fueran agentes extranjeros y mirando con recelo todos los contactos de cubanos con extranjeros. Después de la aprobación de la ley Helms-Burton a principios de 1996, Raúl Castro denunció a los intelectuales cubanos por haber desarrollado lazos peligrosamente estrechos con grupos y fundaciones de Estados Unidos. En 1999, después de que el Presidente Clinton legalizó las remesas a personas en la isla que no fueran miembros de la familia (de este modo se permitía a las organizaciones privadas en Estados Unidos financiar a los disidentes cubanos directamente), la Asamblea Nacional del Poder Popular adoptó una Ley para la Protección de la Independencia y la Economía Nacional, convirtiendo la colaboración con la política norteamericana en un delito sancionable de hasta 20 años en prisión. “La verdadera oposición a la revolución cubana es el gobierno de Estados Unidos”, declaró el Presidente de la Asamblea Nacional Ricardo Alarcón. “Muchos años de experiencia nos

han enseñado que la CIA es responsable de confeccionar la oposición en Cuba. Nosotros nunca hemos conocido otra oposición que la hecha en Estados Unidos” (124).

Dejando de lado los méritos y la eficacia de la actual política norteamericana en general (y estos asuntos son claramente debatidos), la política tiene un costo innegable: Permite a Fidel Castro involucrarse en la bandera cubana, identificar a su régimen con la defensa de la soberanía y la dignidad nacional y tildar a todos los opositores como conscientes o inconscientes agentes de Estados Unidos. *Anexionistas* es el término de oprobio actual, remontándose al movimiento de las clases altas de mediados del siglo diecinueve el cual buscaba que Cuba se uniera a Estados Unidos. El espacio potencial disponible para las voces disidentes, aunque nunca grande, parece fluctuar con el tono de las relaciones cubano-norteamericanas. “Los esfuerzos para presionar y aislar a Cuba simplemente les dan a los líderes el pretexto de continuar su represión y les permiten distraer la atención de sus fracasos”, de acuerdo con Elizardo Sánchez, uno de los principales disidentes de Cuba (125). Por esta razón, los disidentes que se reunieron con el ex Presidente Jimmy Carter durante su viaje de mayo de 2002 a Cuba fueron “unánimes en querer ver menos retórica áspera, más visitas norteamericanas, el fin del embargo económico sobre alimentos y medicinas y ninguna conexión financiera directa o indirecta entre ellos mismos y el gobierno de Estados Unidos (126).

Además, un enfriamiento en el clima político afecta a todos, no sólo a los disidentes que la política norteamericana tiende a favorecer. Cuando el régimen toma medidas severas, incluso las personas que no se oponen al gobierno, pero que simplemente buscan expandir los límites de la información intelectual y los debates políticos, también se ven reprimidas. Esta cohorte, mucho más numerosa y políticamente

bien posicionada que los pequeños movimientos disidentes de Cuba, constituyen las personas que, con mayor probabilidad, van a trazar el futuro curso de Cuba.

Mientras Fidel Castro se mantenga en el timón, las perspectivas para la liberalización pueden ser remotas, sin tener en cuenta otros factores. Sin embargo, si este análisis de las dinámicas de la sucesión es correcto en sus predicciones de una rivalidad intra-élite y más amplios debates, entonces el impacto de la política norteamericana sobre el clima político de Cuba puede devenir mucho más importante. Las intensificadas tensiones bilaterales tienden a reforzar la mentalidad de sitio de la dirigencia, entregando la iniciativa política a los partidarios de la línea dura y dando peso al argumento de que la división interna corre el riesgo de una derrota por parte de Estados Unidos.

Como se ha expuesto anteriormente, la condición indispensable para una transición democrática es la división dentro de la élite gubernamental, de tal forma que los reformadores (partidarios de la línea suave) desarrollen una afinidad política más cercana a los opositores del régimen que a los partidarios de la línea dura. En la medida que la política norteamericana refuerce la solidaridad de la élite, trazando una línea visible entre los funcionarios cubanos, a quienes Washington desprecia, y los cubanos disidentes, a quienes apoya públicamente, Washington hace la aparición de tal coalición más difícil. Desde la perspectiva cubana, la ayuda política norteamericana marca una línea divisoria entre patriotas y traidores (una línea no fácilmente cruzada).

¿Es posible para Estados Unidos suministrar ayuda política a los cubanos que están a favor de una transición a la democracia multipartidista, sin empeorar las cosas y, en lugar de ello, mejorarlas? Es decir, ¿puede la ayuda norteamericana incrementar la capacidad de movilización de estos actores lo suficiente para contrarrestar la inevitable

exacerbación de la mentalidad de sitio de la élite? Por supuesto, las respuestas a estas preguntas son objeto de intenso debate, pero una cosa parece cierta: la eficacia de esa ayuda no es independiente de sus fuentes. Estados Unidos acarrea un equipaje histórico tan pesado en sus tratos con Cuba, desde la imposición de la Enmienda Platt hacia delante, que la ayuda política a los partidarios cubanos sólo puede ser vista como una reafirmación de la hegemonía norteamericana.

Realmente, Estados Unidos tiene una larga historia de usar la financiación de cobertura de la CIA para que periódicos, sindicatos, partidos políticos y organizaciones no gubernamentales desestabilicen gobiernos vistos como inamistosos, sin tener en cuenta sus credenciales democráticas. Esta estrategia eliminó a Mohammed Mossadegh en Irán, Jacobo Arbenz en Guatemala, Salvador Allende en Chile (donde la política también se denominó “Track II”), los sandinistas en Nicaragua y Slobodan Milosevic en Yugoslavia.

Incluso cuando la ayuda es otorgada públicamente, la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) y la Donación Nacional para la Democracia (DND), junto con sus institutos afiliados, no tienen un buen récord en el suministro de apoyo a los demócratas extranjeros que sigan una vía independiente. Que los potenciales destinatarios sean vistos como “demócratas”, tiende a ser considerado mediante la lente de los intereses nacionales de Estados Unidos. En la década de 1980, por ejemplo, el Instituto Republicano para Asuntos Internacionales envió casi medio millón de dólares a los opositores del Presidente costarricense Oscar Arias para financiar una campaña contra el plan de paz de Arias para América Central, al cual se oponía el Presidente Ronald Reagan (127). Durante la campaña electoral de Nicaragua

en 1990, la DND suministraría ayuda sólo a aquellos partidos opositores dispuestos a amoldarse a las políticas de Estados Unidos, uniéndose a la amplia coalición antisandinista pergeñada por la Embajada norteamericana (128). Más recientemente, más de tres cuartos de millón de dólares de la DND fueron a las arcas de los opositores del Presidente venezolano Hugo Chávez, algunos de los cuales estuvieron involucrados en el intento de golpe de abril de 2002 (129). Tales ejemplos sugieren que la ayuda política de Estados Unidos no está divorciada de sus propios intereses y que la democracia no está siempre en la cima de la agenda política. Es demasiado optimista pensar que esto sería diferente en el caso de Cuba.

Los problemas de presunción hegemónica y proselitismo que acosaría al programa de ayuda política de Estados Unidos a Cuba serían bastante menos agudos si Washington dejara que las naciones de Europa Occidental y América Latina tomaran la delantera. Ellas tienen una historia menos problemática con la isla e intereses propios en ella menos convincentes. De esta manera, su apoyo sería menos sospechoso y menos probable de provocar una reacción violenta nacionalista contra los destinatarios. La ayuda política de Estados Unidos debería restringirse a construir instituciones estatales independientes, tales como el poder judicial y un aparato electoral y en el momento en que todos los principales contendientes políticos en Cuba estén preparados para aceptar esa ayuda (es decir, después de que haya comenzado ya un proceso de transición). De hecho, Washington debería estar preparado para acordar explícitamente *no* suministrar asistencia política a partidarios, o en partidos o en grupos de sociedad civil, si eso facilitara un pacto de transición. En Nicaragua, por ejemplo, los sandinistas y sus opositores finalmente llegaron a un acuerdo sobre el proceso electoral que condujo a la

votación de 1990, cuando la oposición acordó no aceptar ninguna financiación encubierta de Estados Unidos y Washington prometió no suministrar ninguna **(130)**.

De un lado a otro del espectro político norteamericano, existen profundas diferencias sobre la política hacia Cuba, pero de izquierda a derecha, casi todos favorecen una expansión de las libertades políticas en la isla. En la izquierda, la libertad de los electores populares para organizarse y movilizarse en defensa de sus intereses es vista como esencial para preservar los beneficios sociales de la revolución cuando las reformas de mercado produzcan una creciente estratificación social. De otro modo, Cuba podría terminar siguiendo el sendero de los antiguos sistemas comunistas en Europa, donde la *nomenklatura* (la élite del partido) llevó la transición de vuelta al capitalismo, adueñándose de propiedades estatales para ellos mismos **(131)**. En la derecha, los conservadores en Estados Unidos favorecen la democratización, en la creencia de que, si los cubanos pueden elegir su sistema social libremente, echarán a un lado el socialismo en favor del capitalismo.

El peligro, familiar para los estudiosos de la política norteamericana hacia América Latina en general y hacia Cuba en particular, es la histórica incapacidad de Washington para resistirse a tratar de controlar los resultados políticos en las pequeñas naciones cercanas. Con frecuencia, nuestra visión de la democracia ha probado ser de miras estrechas y de interés propio, proporcionando una pobre financiación para el auténtico desarrollo democrático de nuestros vecinos **(132)**. Cuando se abra el espacio político en Cuba, supondrá un consciente esfuerzo de Estados Unidos para no apresurarse hacia las aperturas creadas por la liberalización y resistir la tentación de empujar el proceso en las direcciones que encontramos afines. Una Cuba democrática será una Cuba

en la cual las necesidades y aspiraciones del pueblo cubano puedan ser articuladas libremente e incorporadas dentro del gobierno, sin que sean distorsionadas por la mano dura del poder político y financiero de Estados Unidos.

NOTAS

1. Ver, por ejemplo, Andrés Oppenheimer, *Castro's Final Hour* [La hora final de Castro] (New York: Simon and Schuster, 1992).
2. Para discusiones previas de la sucesión en Cuba, ver Edward Gonzalez, "Political Succession in Cuba" [La sucesión política en Cuba] *Studies in Comparative Communism* 9, 1-2 (primavera/verano 1976): pp. 80-107; y Jaime Suchlicki, ed., *Problems of Succession in Cuba* [Problemas de la sucesión en Cuba] (Coral Gables, Fla.: North-South Center for the Institute of Interamericans Studies at the University of Miami, 1985). Para una disertación más reciente, ver Wayne S. Smith, "Cuba's Long Reform" [La larga reforma de Cuba], *Foreign Affairs* 75, 2 (marzo/abril 1996): pp. 99-112.
3. Samuel P. Huntington, *The Thrid Wave: Democratization in the Late Twentieth Century* [La tercera ola: La democratización a finales del siglo veinte] (Norman, Okla.: University of Oklahoma Press, 1993); *Transitions from Authoritarian Rule* [Las transiciones del gobierno autoritario], eds. Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Lawrence Whitehead (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986; Juan J. Linz y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation* [Los problemas de la transición democrática y la consolidación] (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1996).
4. Ver, por ejemplo, Rhoda Rabkin, "Implications of the Gorbachev Era for Cuban Socialism" [Implicaciones de la era Gorbachev para el socialismo cubano], *Studies in Comparative Communism* 23, 1 (1990): pp. 23-46; Andreas Pickel, "Is Cuba Different? Regime Stability, Social Change, and the Problem of Reform Strategy" [¿Es Cuba diferente? Estabilidad del régimen, cambio social y el problema de la estrategia de reforma], *Communist and Post-Communist Studies* 31, 1 (1998): pp. 75-90; Michael Radu, "Cuba's Transition: Institutional Lessons from Eastern Europe" [La transición de Cuba: Lecciones institucionales de Europa del Este], *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 37, 2 (1995): pp. 83-111; Carmelo Mesa-Lago y Horst Fabial, "Analogies between East European Socialist Regimes and Cuba" [Analogías entre los regímenes socialistas del este europeo y Cuba], en *Cuba after de Cold War* [Cuba después de la guerra fría], ed. Carmelo Mesa-Lago (Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1993) pp. 353-380.
5. El ejemplo para la continuidad del régimen es hecho por Pickel, "Is Cuba Different? [¿Es Cuba diferente?]" y por Jaime Suchlicki. "Castro's Cuba: Continuity instead of Change" [La Cuba de Castro: Continuidad en vez de cambio] en: *Cuba: The Contours of Change* [Cuba: Los contornos del cambio], eds. Susan Kaufman Purcell and David Rothkph (Boulder, Colo.: Lynne Rienner, 2000), pp. 57-80.
6. Para una más detallada disertación de los conflictos dentro de la dirigencia revolucionaria y la debilidad del PCC en la década de 1960 y principios de la de 1970, ver William M. LeoGrande, "Party Development in Revolutionary Cuba" [Desarrollo del

partido en la Cuba revolucionaria] *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 21, 4 (noviembre 1979): pp. 457-480.

7. William M. LeoGrande, "The Communist Party of Cuba since the First Congress" [El Partido Comunista de Cuba desde el Primer Congreso], *Journal of Latin Studies* 12, 2 (noviembre 1980): pp. 397-419.

8. Partido Comunista de Cuba, Second Congress of the Communist Party of Cuba: Documents and Speeches [El Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba: Documentos y discursos] (La Habana Editora Política, 1981), pp. 77-84; Marifeli Pérez-Stable, "'We Are the Only Ones and There Is No Alternative': Vanguard Party Politics in Cuba, 1975-1991" [Somos los únicos y no hay alternativa: Política de vanguardia del partido en Cuba 1975-1991], en *Conflict and Change in Cuba* [Conflicto y cambio en Cuba], eds. Enrique A. Baloyra y James A. Morris (Albuquerque, N.M.: University of New Mexico, 1993), pp. 67-85.

9. Casi la mitad del "Informe Central" de Fidel Castro al Congreso se centró sobre planes de desarrollo económico y social y la resolución del Congreso sobre este tema tuvo una longitud de 123 páginas. Partido Comunista de Cuba, *Second Congress of the Communist Party of Cuba* [Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba].

10. Partido Comunista de Cuba, *Second Congress of the Communist Party of Cuba* [Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba], p. 80.

11. Sergio Roca, "The Comandante in His Economic Labyrinth" [El comandante en su laberinto económico], en Baloyra y Morris, *Conflict and Change in Cuba* [El conflicto y el cambio en Cuba], pp. 86-109. Una menos frecuentemente expresada, pero no menos importante, meta fue traer el floreciente desequilibrio comercial bajo control, al estabilizar la producción para exportar y reducir las importaciones. Jorge F. Pérez-López, "The Cuban Economy: Rectification in a Changing World" [La economía cubana: La rectificación en un mundo cambiante], *Cambridge Journal of Economics* 16, 1 (1992): pp. 113-126; Susan Eckstein, *Back from de Future: Cuba under Castro* {De vuelta del futuro: Cuba bajo Castro}, (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1994), p. 73.

12. Fidel Castro, *Main Report: Third Congress of the Communist Party of Cuba* [Informe Central: Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba], La Habana, Editora Política, 1986), pp. 38-39.

13. Juan M. Del Aguila, "The Party, the Fourth Congress, and the Process of Counterreform" [El Partido, el Cuarto Congreso y el proceso de contrarreforma], en *Cuba at a Crossroads: Politics and Economics after the Fourth Party Congress* [Cuba en una encrucijada: La política y la economía después del Cuarto Congreso], ed. Jorge F. Pérez-López (Gainesville, Fla.: University of Florida Press, 1994), pp. 19-40.

14. Castro primero usó la consigna en enero de 1989 en dos discursos conmemorativos del triunfo de la revolución, pero se convirtió en un cierre de rutina en sus alocuciones sólo en diciembre, después del desplome de los regímenes comunistas del este europeo.
15. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *La Economía Cubana: Reformas estructurales y desempeño en los noventa* (Ciudad de México: Naciones Unidas CEPAL y Fondo de Cultura Económica, 2000), pp. 15-16, 44-45.
16. Jorge F. Pérez López, “The Cuban Economic Crisis of the 1990s and the External Sector” [La crisis económica cubana en la década de 1990 y el sector externo], *Cuba in Transition* [Cuba en transición] 8 (Association for the Study of the Cuban Economy, 1998): pp. 386-413. El estimado de la CEPAL de la decadencia, el 32 por ciento en términos reales, está entre los más bajos. CEPAL, *La Economía Cubana*, p. 44.
17. Externamente, el énfasis en atraer inversiones extranjeras y expandir el turismo continúa. Para una visión general de las medidas de reformas cubanas, ver Omar Everleny Pérez Villanueva, “Cuba’s Economic Reforms: An Overview” [Las reformas económicas de Cuba: una visión de conjunto] en *Perspectives on Cuban Economic Reforms*, [Perspectivas de las reformas económicas cubanas], eds. Jorge F. Pérez-López y Matías F. Travieso-Díaz (Tempe, Ariz.: Arizona State University Center for Latin American Studies, 1998). Los textos de los decretos de ley sobre la legalización del dólar, el empleo por cuenta propia, la creación de las UBPCs y la reorganización de la burocracia estatal, están en el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA), *Cuba: Apertura Económica y Relaciones con Europa* (Madrid: IRELA, 1994) pp. 233-244.
18. Para un parecer pesimista sobre la viabilidad a largo plazo de las actuales reformas, ver Andrew Zimbalist, “Whither the Cuban Economy?” [¿Adónde va la economía cubana?] En Purcell y Rothkopf, *Cuba: The Contours of Change* [Cuba: Los contornos del cambio], 13-30. Para una opinión más optimista, aunque no escasa de crítica, ver CEPAL, *La Economía Cubana*. Tabla A-10; los datos para 2000 son de la CEPAL, *Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean 2001* [Manual estadístico para América Latina y El Caribe 2001] (Ciudad de México: CEPAL, 2002), Tabla 54.
19. De acuerdo con la “Resolution on the Program of the Communist Party of Cuba” [Resolución sobre el Programa del Partido Comunista de Cuba], adoptada en el Cuarto Congreso del Partido en 1991, bajo el SDPE, “El trabajo político y las acciones de la vanguardia revolucionaria fueron reducidos a meras formalidades”. El texto de la resolución está en Gail Reed, *Island in the Storm: The Cuban Communist Party’s Fourth Congress* [La isla en la tormenta: el Cuarto Congreso del Partido Comunista de Cuba] (Melbourne, Australia: Ocean Press, 1992), pp. 101-110
20. Sobre los orígenes de la Rectificación y el desplome del socialismo en Europa, ver *Castro’s opening address to the Fourth Party Congress* [Discurso de apertura de Castro al Cuarto Congreso del Partido] en Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], pp. 25-79

21. Marifeli Pérez-Stable, *The Cuban Revolution: Origins, Course and Legacy* [La revolución cubana: Orígenes, curso y legado] (New York: Oxford University Press, 1999), p. 169.
22. Eckstein, *Back from the future* [De vuelta del futuro], p. 114.
23. Pérez-Stable, “We Are the Only Ones and There Is No Alternative” [Somos los únicos y no hay alternativa], 81; “Llamamiento del Partido”, *Granma Resumen Semanal*, 25 de marzo, 1990.
24. Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], pp. 14-15.
25. Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], pp. 14-15, citando la Declaración del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, publicada en *Granma*, el 23 de junio de 1990.
26. Pérez-Stable, *The Cuban Revolution* [La revolución cubana], p. 169.
27. Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], p. 17.
28. Eckstein, *Back from the future* [De vuelta del futuro], p. 115.
29. Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], p. 17.; Eckstein, *Back from the future* [De vuelta del futuro], p. 115.
30. William M. LeoGrande, “Participation in Cuban Municipal Government: From Local Power to People’s Power” [La participación en el gobierno municipal cubano: Del Poder Local al Poder Popular], en *Political Participation in Communist Systems* [La participación política en los sistemas comunistas], eds. Donald E. Schulz y Jan S. Adams (New York: Pergamon, 1981) pp. 274-293.
31. Haroldo Dilla Alfonso, Gerardo González y Aba T. Vincentelli, “Cuba’s Local Governments: An Experience beyond the Paradigms: [Los gobiernos locales de Cuba: Una experiencia más allá de los paradigmas], *Cuban Studies* [Estudios cubanos] 22 (1992): pp. 151-172; Carolle Bengelsdorf, *The Problem of Democracy in Cuba: Between Vision and Reality* [El problema de la democracia en Cuba: entre la fantasía y la realidad] (New York: Oxford University Press, 1994) pp. 155-165; Communist Party Of Cuba, “Resolution on Improving the Organization and Functioning of People’s Power” [Resolución sobre el mejoramiento de la organización y el funcionamiento del Poder Popular] en Gail Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], pp. 120-126.
32. Medea Benjamin, “Soul Searching” [Espíritu de búsqueda], *NACLA Report on the Americas* [Informe sobre las Américas] 24, 2 (agosto 1999): pp. 23-31.

33. Caridad Carrobello, Martha Campos, Pelayo Terry y Ariel Terrero, “Opinión Pública: ¿Qué piensa el pueblo de su poder?” *Bohemia* 27 (7 de julio de 1990): p. 14; Caridad Carrobello, Martha Campos, Pelayo Terry y Ariel Terreno, “Debate público: los caminos del poder: Urge animar el parlamento cubano”, *Bohemia* 28 (13 de julio de 1990): p. 9.

34. Bengelsdorf, *The Problem of Democracy in Cuba* [El problema de la democracia en Cuba], p. 162; Susana Tesoro, “A pecho descubierto”, *Bohemia* 29 (20 de julio de 1990), p. 54. En 1993, el ministro de Relaciones Exteriores Ricardo Alarcón, ampliamente considerado como uno de los dirigentes nacionales más influyentes, sucedió a Escalona. El predominio de Alarcón marcó un aumento en la importancia que se le dio a la Asamblea por la dirigencia, y él continuó los esfuerzos de Escalona para fortalecer más ese cuerpo y su papel en la política nacional. Max Azicri, *Cuba Today and Tomorrow: Reinventing Socialism* [Cuba hoy y mañana: Reinventando el socialismo] (Gainesville, Fla.: University of Florida Press, 2000), p. 124.

35. Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], p. 17.

36. Compare “Statutes of the Communist Party of Cuba” [Estatutos del Partido Comunista de Cuba], en *Second Congress of the Communist Party of Cuba* [Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba], p. 128, con la “Resolution on the Rules on the Cuban Communist Party” [Resolución sobre las normas del Partido Comunista de Cuba], en Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], p. 88.

37. “Resolution on the Rules on the Cuban Communist Party” [Resolución sobre las normas del Partido Comunista de Cuba], en Gail Reed, *Island in the Storm: The Cuban Communist Party’s Fourth Congress* [La isla en la tormenta: El Cuarto Congreso del Partido Comunista de Cuba] (Melbourne, Australia: Ocean Press, 1992) pp. 88, 89, 94.

38. Azicri, *Cuba Today and Tomorrow* [Cuba hoy y mañana], 338 (nota a pie de página); Fidel Castro Ruz, *Informe Central, Discurso de Clausura: V Congreso del Partido Comunista de Cuba* (La Habana, Editora Política, 1997), p. 68.

39. “Resolution on Improving the Organization and Functioning of People’s Power” [Resolución sobre el mejoramiento de la organización y el funcionamiento del Poder Popular] en Gail Reed, *Island in the Storm: The Cuban Communist Party’s Fourth Congress* [La isla en la tormenta: El Cuarto Congreso del Partido Comunista de Cuba] (Melbourne, Australia: Ocean Press, 1992) p. 122.

40. Jorge I. Domínguez, “Leadership Strategies and Mass Support: Cuban Politics before and after the 1991 Party Congress” [Estrategias de la dirigencia y apoyo de las masas: política cubana antes y después del Congreso del Partido de 1991], en *Cuba at a Crossroads: Politics and Economics after the Fourth Party Congress* [Cuba en una encrucijada: La política y la economía después del Cuarto Congreso], ed. Jorge F. Pérez-López (Gainesville, Fla.: University of Florida Press, 1994), pp. 1-18.

41. Un número de analistas han descrito las escisiones entre facciones en el PCC: Eckstein, *Back from the future* [De vuelta del futuro], pp. 257-258; Reed, *Island in the Storm* [La isla en la tormenta], p. 21; Oppenheimer, *Castro's Final Hour* [La hora final de Castro], pp. 379-380; Edward Gonzalez, *Cuba: Clearing Perilous Waters?* [Cuba: ¿Despejando aguas peligrosas?] (Santa Mónica, Calif.: Rand, 1996), 39-42.
42. “Pleno extraordinario del Comité Central”, *Granma Resumen Semanal*, 25 de febrero de 1990.
43. “Llamamiento del Partido”, *Granma Resumen Semanal*, 25 de marzo de 1990.
44. Pablo Alfonso, “Dispute Delays Party Session, Official Says” [Un funcionario dice que las disputas retrasan la sesión del partido], *Miami Herald*, 29 de marzo de 1991.
45. “Unnamed Politburo Member Predicts Real Change”, [Miembro anónimo del Buró Político vaticina un cambio real], *Cubainfo*, 13 de diciembre de 1991.
46. Pascal Fletcher, “Cuba Vows Opening Will Come, in Time” [Cuba promete que la apertura llegará a tiempo] *Miami Herald*, 25 de marzo de 1992.
47. El proceso de nominación es discutido en detalle en Arnold August, *Democracy in Cuba and the 1997-1998 Elections* [La democracia en Cuba y las elecciones de 1997-1998] (La Habana: Editorial José Martí, 1999), pp. 299-317.
48. “National Election Results” [Resultados de las elecciones nacionales], *Cubainfo*, 19 de marzo de 1993; Azicri, *Cuba Today and Tomorrow* [Cuba hoy y mañana], p. 116.
49. James Canute, “Top Cuban Ideologue Dismissed over Scandal” [Destituido el máximo ideólogo cubano por escándalo], *Financial Times* (London), 13 de octubre de 1992; *Miami Herald*, “Aldana Says Business Gaffe Led to Ouster” [Aldana dice que un patinazo de negocios conduce a la expulsión], 29 de septiembre de 1992.
50. Mimi Whitefield y Andrés Oppenheimer, “No. 3 Man in Cuba Is Booted” [El hombre número 3 en Cuba es despedido], *Miami Herald*, 24 de septiembre de 1992; Howard W. French, “Cuban's Exit Hints at Trouble at Top” [La salida del cubano insinúa problemas en la cúpula], *New York Times*, 27 de septiembre de 1992.
51. Andrés Oppenheimer, “Cuban Expelled from Party” [Cubano expulsado del partido], *Miami Herald*, 27 de octubre de 1992; Reuters, “Cuba Replaces Official with Close Castro Ties” [Cuba reemplaza a funcionario estrechamente ligado a Castro], *Los Angeles Times*, 24 de septiembre de 1992; “Balaguer on Journalism in Cuba” [Balaguer sobre el periodismo en Cuba], *Cubainfo*, 15 de enero de 1993.
52. Andrés Oppenheimer, *Castro's Final Hour* [La hora final de Castro], pp. 385-386.

53. Larry Rohter, “Cubans Find the Army Rising as the Party Sinks” [Los encuentran de que las Fuerzas Armadas se elevan mientras el Partido se hunde], *New York Times*, 8 de junio de 1995.
54. Lee Hockstader, “Cuba Steps Up Intimidation of Dissidents” [Cuba aumenta la intimidación sobre los desidentes], *Washington Post*, 21 de enero de 1992.
55. Raúl Castro, “The Political and Social Situation in Cuba and the Corresponding Tasks of the Party” [La situación política y social en Cuba y las correspondientes tareas del partido], *Granma*, 27 de marzo de 1996.
56. Sobre la oposición de los reformadores en la dirigencia del partido, ver Maurizio Giuliano, *El Caso del CEA: Intelectuales e Inquisidores en Cuba* (Miami: Ediciones Universal, 1998) p. 54. Este informe incluye muchos de los documentos internos del partido relacionados con la investigación del CEA.
57. Cuban Democracy Act [Acta para la Democracia Cubana] de 1992, Sección 5 (g), Public Law pp. 102-484 (23 de octubre de 1992).
58. *Washington Times*, “Aide Sees Embargo Over If Cuba Reforms” [Ayudante ve terminado el embargo si Cuba hace reformas], 30 de julio de 1995.
59. “Resolución Económica del V Congreso del Partido Comunista de Cuba”, en <http://www.cuba.cu/politica/webpcc/resoluci.htm>.
60. “The Party of Unity, Democracy and the Human Rights We Defend” [Defendemos el partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos], *Granma Internacional*, mayo de 1997.
61. Serge F. Kovalski, “Castro Appears Strong, Cuban Economy Weak” [Castro parece fuerte; la economía cubana, débil], *Washington Post*, 11 de octubre de 1997; Juan O. Tamayo, “Raúl Castro Takes on a Higher Profile” [Raúl Castro asume un perfil más alto], *Miami Herald*, 7 de diciembre de 1997.
62. Serge F. Kovalski, “Cuba Replaces Foreign Minister with Top Aide to Castro” [Cuba reemplaza a antiguo ministro con un ayudante de Castro de alto rango] *Washington Post*, 29 de mayo de 1999.
63. Gillian Gunn, *The Sociological Impact of Rising Foreign Investment* [El impacto sociológico del ascenso de la inversión extranjera], Cuban Studies Program Briefing Paper (Georgetown University), no. 1 (enero de 1993).
64. El concepto de “islas de autonomía” es de Valerie Brunce, *Subversive Institutions: The Desing and Destruction of Socialism and the State* [Las instituciones subversivas: El propósito y destrucción del socialismo y el estado] (New York: Cambridge University Press, 1999) Para una disertación sobre cómo las reformas económicas en una economía

planificada centralmente pueden conducir a un pluralismo social, estableciendo el escenario para un cambio político, ver David Stark, “Entrepreneurs on the Road to Post-Communism” [Los empresarios en el camino hacia el post-comunismo], *Contemporary Sociology* 18, 5 (septiembre de 1989): pp. 671-674. El estudio más detallado de la evolución de la sociedad civil cubana en los últimos años es el de Damián J. Fernández, *Cuba and the Politics of Passion* [Cuba y la política de pasión] (Austin, Texas: University of Texas Press, 2000).

65. Jorge I. Domínguez, “Comienza una transición hacia el autoritarismo en Cuba”, *Encuentro* 6-7, otoño-invierno, 1997: pp. 7-23; Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation* [Problemas de la transición democrática y la transición], pp. 42-45.

66. Castro primero usó la frase en su discurso de conmemoración del ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1973, (el cual produjo el titular citado en *Granma Weekly Reviews*, el 5 de agosto de 1973) y ha repetido la frase frecuentemente a través de los años, y más recientemente en un discurso el 23 de febrero de 2001 (Discurso pronunciado por el Dr. Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba, durante la celebración del cuadragésimo aniversario del INDER y en dedicatoria de la Escuela Internacional de Educación Física y Deportes, el 23 de febrero de 2001) en <http://www.cuba.cu/gobierno/discurso/2001/ing/f230201i.html>).

67. Comienzo con la suposición de que la sucesión comenzará en serio con la defunción de Castro por causas naturales o accidentales, en vez de cómo un resultado de cualquier crisis del régimen. Si se puede sacar una lección de la sobrevivencia del gobierno de Cuba a lo largo de la catástrofe económica producida por la desaparición de la Unión Soviética, es la capacidad de Fidel Castro para mantener la estabilidad política, frente a cualesquiera privaciones. Además, quiero mantener los cambios concurrentes sobre la sucesión analíticamente diferentes de aquéllos que se puedan esperar en un régimen de transición, una contingencia que será discutida en otra parte.

68. En un discurso al Ejército Occidental, poco después del arresto de Ochoa, Raúl describió el enfrentamiento con Ochoa con los cargos en su contra, los cuales incluían no sólo la corrupción, sino también sus abiertas expresiones de descontento con la política del gobierno. Fidel detalló sus conflictos con Ochoa sobre la dirección de la guerra en Angola, durante su discurso en la reunión Consejo de Estado que afirmó la sentencia de muerte de Ochoa. Estos incidentes son descritos en detalle en Oppenheimer, *Castro's final hour* [La hora final de Castro], pp. 66, 82-91.

69. Los reformadores en el PCC saludan por igual el estribillo, “Con Fidel, todo; contra Fidel, nada”. Citado en Eusebio Mujal-León y Joshua W. Busby, “Much Ado About Something? Regime Change in Cuba” [¿Mucho alboroto acerca de algo? Cambia el régimen en Cuba], *Problemas del comunismo* 48, 6, (noviembre-diciembre 2001): pp. 6-18.

70. En un discurso el 21 de enero de 1959, Castro designó a su hermano como “segundo al mando” para asumir en caso de que él mismo fuera asesinado por los enemigos de la revolución.”Castro Speaks before Havana Rally” [Castro habla ante reunión en La Habana], Foreign Broadcast Information Service, *Latin America Daily Report*, 22 de enero de 1959. En la clausura del Quinto Congreso del Partido, Fidel se refirió a Raúl como su *relevo* cuando él falleciera y después del tenue desmayo de Fidel en julio de 2001, dijo, “Si me durmiera para siempre, Raúl es el que tiene más autoridad y experiencia”. Juan O. Tamayo, “Raúl Castro Takes on a Higher Profile” [Raúl Castro asume un perfil más alto], *Miami Herald*, 17 de diciembre de 1997; Andrew Cawthorne, “Castro Says His Health ‘Better than Ever’ after Fainting at Recent Rally; Brother Confirmed as His Successor” [Castro dice que su salud ‘está mejor que nunca’, después de su desmayo en una reciente reunión; su hermano confirmado como su sucesor], *San Diego Union-Tribune*, 30 de junio de 2001.

71. Pablo Alfonso, “El Organigrama de la Sucesión: Los Hombres de Raúl”, *El Nuevo Herald*, 12 de agosto de 2001.

72. William M. LeoGrande y Amos Perlmutter, “The Party in Uniform: Toward a Theory of Civil-Military Relations in Communist Systems” [El partido en uniforme: Hacia una teoría de las relaciones civico-militares en los sistemas comunistas] *American Political Science Review*, 76, 4 (diciembre, 1982): pp. 778-789.

73. Juan O. Tamayo, “Raúl Castro Takes on a Higher Profile” [Raúl Castro asume un perfil más alto].

74. Sobre la sucesión de Stalin, ver Myron Rush, *Political Succession in the USSR* [La sucesión política en la URSS] (New York: Columbia University Press, 1965); sobre la de Mao, ver Frederick C. Teiwes, *Leadership, Legitimacy, and Conflict in China: From a Charismatic Mao to the Politics of Succession* [Liderazgo, legitimidad y conflicto en China: Desde un carismático Mao hasta las políticas de sucesión] (Armonk, N. Y.: M. E. Sharpe, 1984); sobre la de Ho Chi Minh, ver Robert F. Rogers, “Policy Differences Within the Hanoi Leadership” [Diferencias políticas dentro de la dirigencia de Hanoi], *Studies in Comparative Communism* 9, 1-2 (primavera-verano 1976): pp. 108-128.

75. Vanessa Bauzá, “Looking at Cuba’s Future: Who is Raúl Castro?” [Mirando al futuro de Cuba: ¿Quién es Raúl Castro?] *South Florida Sun Sentinel*, 1ro de julio de 2001.

76. E. E. Schattschneider, *The Semisovereign People* [El pueblo semisoberano] (New York: Holt, Rinehart y Winston, 1960).

77. Carl Linden, *Khrushchev and the Soviet Leadership, 1957-1964* [Khrushchev y la dirigencia soviética, 1957-1964] (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1964): pp. 40-57; Robert Strayer, *Why Did the Soviet Union Collapse?* [¿Por qué se derrumbó la Unión Soviética] (Armonk, N. Y.: M. E. Sharpe, 1998).

78. Andrzej Korbonski, "Leadership Succession and Political Change in Eastern Europe" [La sucesión de la dirigencia y el cambio político en Europa Oriental] *Studies in comparative Communism* 9, 1-2 (primavera-verano 1976): pp. 3-22.
79. Raúl Castro fue sincero al reconocer que estos problemas formulaban un serio desafío ideológico para la revolución y que el partido necesitaba librar una "batalla de ideas" como respuesta. Raúl Castro, "The Political and Social Situation in Cuba and the Corresponding Tasks of the Party" [La situación política y social en Cuba y las correspondientes tareas del partido], *Granma*, 27 de marzo de 1996.
80. Korbonski, "Leadership Succession and Political Change in Eastern Europe" [La sucesión de la dirigencia y el cambio político en Europa Oriental].
81. David González, "Cuba Sees Fervor over Elián Useful in Other Battles" [Cuba ve el fervor sobre Elián útil en otras batallas], *New York Times*, 5 de julio de 2000.
82. Domínguez "Leadership Strategies and Mass Support [Estrategias de la dirigencia y apoyo de las masas, en *Cuba at a Crossroads* [Cuba en una encrucijada]; y Juan M. del Aguila, "The Party, the Fourth Congress, and the Process of Counterreform" [El partido, el Cuarto Congreso y el proceso de contrarreforma] en *Cuba at a Crossroads* [Cuba en una encrucijada], pp. 19-40.
83. Mark Fineman, "Castro Points to His Brother as Successor [Castro señala a su hermano como sucesor], *Los Angeles Times*, 12 de octubre de 1997.
84. David Clark Scott, "Castro's Foreign Office Choice: Sign of a New Generation?" [La elección de Castro para el cargo del exterior: ¿Señal de una nueva generación?] *Christian Science Monitor*, 1ro. de abril de 1993; entrevista con Ricardo Alarcón en Cynthia Tucker, "Communism after Fidel Castro" [El comunismo después de Castro] *Atlanta Journal and Constitution*, 8 de julio de 2000.
85. Scott Wilson, "The Face of Cuba's New Generation" [La cara de la nueva generación de Cuba], *Washington Post*, 12 de septiembre de 2000.
86. Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Lawrence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule* [Las transiciones del gobierno autoritario], (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986).
87. Para las reflexiones de Castro sobre el modelo chino, especialmente la "muy sabia" decisión de China de emprender reformas económicas lentamente, mientras sostenía los principios del socialismo y la dirigencia de partido, ver "Castro Gives News Conference" [Castro ofrece conferencia de prensa], 24 de febrero de 1993, en Foreign Broadcast Information Service, *Latin America Daily Report*, el 26 de febrero de 1993; y "Castro Addresses Sixth UPEC Congress" [Castro se dirige al Sexto congreso de la UPEC], 24 de diciembre de 1993, en Foreign Broadcast Information Service, *Latin America Daily Report*, el 4 de enero de 1994.

88. Consejo de la Unión Europea, “Posición común del 2 de diciembre de 1996, definida por el Consejo, sobre la base del Artículo J.2 del Tratado sobre la Unión Europea con respecto a Cuba”, *Official Journal L 322* (12 de diciembre de 1996): p. 1; Organización de Estados Americanos, “Inter-American Democratic Charter”, [Carta Democrática Inter-Americana], 11 de septiembre de 2001, en <http://www.oas.org>.

89. Terry Lynn Karl y Philippe C. Schmitter, “Modes of Transition in Latin America, Southern and Eastern Europe” [Modos de transición en América Latina y Europa del Sur y del Este], *International Social Science Journal* 43, 2 (mayo de 1991): pp. 269-284; Terry Karl, “Dilemmas of Democratization in Latin America” [Los dilemas de la democratización en América Latina], *Comparatives Politics* 23, 1 (1990): pp. 1-21.

90. Alison Mahr y John Nagle, “Resurrection of the Successor Parties and Democratization in East-Central Europe” [Resurrección de los partidos sucesores y democratización en Europa centrorienta], *Communist and Post-communist Studies* 28, 4 (1995): pp. 393-409; Michael Waller, “Adaptation of the Former Communist Parties of East-Central Europe: A Case of Social Democratization” [Adaptación de los antiguos partidos comunistas de Europa centrorienta: Un caso de democratización social], *Party Politics* 1 (1995): pp. 373-390.

91. Paul G. Lewis, “Civil Society and the Development of Political Parties in East-Central Europe” [La sociedad civil y el desarrollo de los partidos políticos en Europa centrorienta], *Journal of Communist Studies* 9, 4 (1993): pp. 5-20.

92. Mahr y Nagle, “Resurrection of the Successor Parties and Democratization in East-Central Europe” [Resurrección de los partidos sucesores y democratización en Europa centrorienta], pp. 393-409.

93. “Introduction: Special Issue: Parties, Trade Unions and Society in East-Central Europe [Introducción: Edición Especial: Partidos, Sindicatos y Sociedad en Europa centrorienta], *Journal of Communist Studies* 9, 4 (1993): pp. 1-2; Mahr y Nagle, “Resurrection of the Successor Parties and Democratization in East-Central Europe” [Resurrección de los partidos sucesores y democratización en Europa centrorienta], pp. 393-409.

94. John Higley, Judith Kullberg y Jan Pakulski, “The Persistence of Post-Communist Elites” [La persistencia de las élites post-comunistas], *Journal of Democracy* 7, 2 (1996): pp. 133-147. Este artículo menciona que las élites comunistas han retenido considerable poder e influencia en los nuevos estados, lo que ha proporcionado un grado de estabilidad.

95. Dilla Alfonso, González y Vincentelli, “Cuba’s Local Governments: An Experience Beyond the Paradigms: [Los gobiernos locales de Cuba: Una experiencia más allá de los paradigmas] pp. 151-172; Domínguez, “Leadership Strategies and Mass Support

[Estrategias de la dirigencia y apoyo de las masas, en *Cuba at a Crossroads* [Cuba en una encrucijada], pp. 1-18.

96. Herbert Kitschelt, "Formation of Party Cleavages in Post-Communist Democracies" [La formación de las escisiones partidistas en las democracias post-comunistas], *Politics and Society* 1 (1995): pp. 447-472.

97. Debra Evenson, *The Workers in Cuba: Unions and Labor Relations* [Los trabajadores en Cuba; Las relaciones de los sindicatos y la fuerza laboral] (Detroit: National Lawyers Guild, 2001), pp. 53-56.

98. Linda Fuller, *Work and Democracy in Socialist Cuba* [El trabajo y la democracia en la Cuba socialista] (Philadelphia: Temple University Press, 1992).

99. Evenson, *The Workers in Cuba: Unions and Labor Relations* [Los trabajadores en Cuba; Las relaciones de los sindicatos y la fuerza laboral] pp. 6, 11, 22.

100. Gillian Gunn, *Balancing Economic Efficiency, Social Concerns, and Political Control* [Equilibrio de la eficiencia económica, preocupaciones sociales y control político], Cuban Studies Program Briefing Paper (Georgetown University), no. 5 (marzo de 1994).

101. Evenson, *The Workers in Cuba: Unions and Labor Relations* [Los trabajadores en Cuba; Las relaciones de los sindicatos y la fuerza laboral] pp. 53-61.

102. Evenson, *The Workers in Cuba: Unions and Labor Relations* [Los trabajadores en Cuba; Las relaciones de los sindicatos y la fuerza laboral] p. 19.

103. Darío L. Machado, "¿Cuál es nuestro clima socio-político?" *El Militante Comunista* 9 (septiembre de 1990): pp. 2-12, citado en Domínguez, "Leadership Strategies and Mass Support [Estrategias de la dirigencia y apoyo de las masas], en *Cuba at a Crossroads* [Cuba en una encrucijada], pp. 1-18.

104. Darío L. Machado Rodríguez, "Democracia política e ideología: Una opinión después del V Congreso del Partido", *Cuba Socialista* 9 (1998), citado en Azicri, *Cuba Today and Tomorrow* [Cuba hoy y mañana], pp. 120-122.

105. Mimi Whitefield y Mary Beth Sheridan, "Cuba Poll: The Findings" [Las elecciones en Cuba: Los resultados], *Miami Herald*, 18 de diciembre de 1994; "How Cubans Responded to Questions" [Cómo respondieron los cubanos las preguntas] *Miami Herald*, 18 de diciembre de 1994.

106. Churchill Roberts, Ernesto Betancourt, Guillermo Grenier y Richard Scheaffer, *Measuring Cuban Public Opinion: Project Report* [Midiendo la opinión pública cubana: Proyecto de informe] (Gainesville, Fla.: University of Florida, 1999).

107. Mimi Whitefield y Mary Beth Sheridan, “Cuba Poll: The Findings” [Las elecciones en Cuba: Los resultados], “How Cubans Responded to Questions” [Cómo respondieron los cubanos las preguntas].

108. Para una temprana discusión de cómo los valores tradicionales de Cuba fueron modificados por la revolución, ver José A. Moreno, “From Traditional to Modern Values” [Desde los valores tradicionales a los modernos], en *Revolutionary Change in Cuba* [El cambio revolucionario en Cuba], ed. Carmelo Mesa-Lago (Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1971): pp. 471-500.

109. John T. Ishiyama, ed., *Communist Successor Parties in Post-Communist Politics* [Los partidos comunistas sucesores en la política post-comunista] (Commack, N. Y.: Nova Science, 1999); Mahr y Nagle, “Resurrection of the Successor Parties and Democratization in East-Central Europe” [Resurrección de los partidos sucesores y democratización en Europa centrooriental], pp. 393-409.

110. Mimi Whitefield y Mary Beth Sheridan, “Cuba Poll: The Findings” [Las elecciones en Cuba: Los resultados], “How Cubans Responded to Questions” [Cómo respondieron los cubanos las preguntas].

111. Mimi Whitefield y Mary Beth Sheridan, “Cuba Poll: The Findings” [Las elecciones en Cuba: Los resultados], “How Cubans Responded to Questions” [Cómo respondieron los cubanos las preguntas].

112. Churchill Roberts, Ernesto Betancourt, Guillermo Grenier y Richard Scheaffer, *Measuring Cuban Public Opinion: Project Report* [Midiendo la opinión pública cubana: Proyecto de informe].

113. Medea Benjamin, “Soul Searching” [Espíritu de búsqueda], *NACLA Report on the Americas* [Informe sobre las Américas] 24, 2 (agosto 1999): pp. 23-31.

114. Joanna McKay, “Keeping the Red Flag Flying: The Electoral Success of the PDS in East Berlin” [Manteniendo la bandera roja ondeando: el éxito electoral del PDS en Berlín Oriental], *Journal of Communist Studies and Transition Politics* 16, 3 (2000): pp. 1-20; Oswald Franz, “The Party of Democratic Socialism: Ex communist Entrenched as East German Regional Protest Party” [El Partido del Socialismo Democrático: Los excomunistas se arraigan como el partido de protesta regional germanoriental], *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, 12, 2 (1996): pp. 173-195.

115. En una encuesta de 1962, el sociólogo Maurice Zeitlin hizo la pregunta “¿Piensa usted que el país debería tener elecciones pronto?”. De sus 202 encuestados, el 67 por ciento dijo que no; el 22 por ciento dijo que sí; y el 11 por ciento no opinó. En entrevistas abiertas, Zeitlin halló que entre quienes se oponían a la celebración de elecciones, la corrupción de las elecciones y los partidos del pasado fue un “tema dominante en sus comentarios”. Maurice Zeitlin, *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class* [La política revolucionaria y la clase trabajadora cubana] (New York: Harper y Row, 1967),

pp. 38-44. Para un rápido repaso del fraude electoral anterior a 1959, ver Pérez Stable, *The Cuban Revolution* [La revolución cubana], pp. 36-52.

116. De hecho, un estudio de 1989 con los votantes en las elecciones para delegados locales, halló que la mayoría de ellos conocían sobre los candidatos e hicieron sus decisiones de voto sobre la base de discusiones informales con el pueblo en sus redes de amistad. Sólo la tercera parte leyó las biografías oficiales de los candidatos y únicamente el 10 por ciento pensó que las biografías contenían alguna información útil. Dilla Alfonso, González y Vincentelli, “Cuba’s Local Governments: An Experience Beyond the Paradigms: [Los gobiernos locales de Cuba: Una experiencia más allá de los paradigmas] pp. 151-172.

117. Aleks Szczerbiak, “Electoral Politics in Poland: The Parliamentary Elections of 1997” [La política electoral en Polonia: Las elecciones parlamentarias de 1997] *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, 14, 3 (1998): pp. 58-83.

118. Haroldo Dilla Alfonso, “The Cuban Experiment: Economic Reform, Social Restructuring, and Politics” [El experimento cubano: Reforma económica, reestructuración social y política], *Latin American Perspectives* 27, 1 (enero de 2000): pp. 33-44.

119. Carothers, en su extensa evaluación sobre las políticas de promoción de la democracia de Estados Unidos, concluye que uno de los principales defectos había sido la insensibilidad de los promotores de la democracia con respecto a las dinámicas y las condiciones políticas locales, inmovilizada en la creencia de que la democracia puede ser distribuida a los locales desde el exterior. La democracia, argumenta Carothers, debe ser esencialmente un producto interno, aunque pueda ser facilitada ayuda desde el exterior. Thomas Carothers, *Aiding Democracy Abroad: The Learning Curve* [Ayudando a la democracia en el extranjero: La curva de aprendizaje] (Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace, 1999).

120. Carothers, *Aiding Democracy Abroad* [Ayudando a la democracia en el extranjero].

121. J. Craig Jenkins, “Resource Mobilization Theory and the Study of Social Movements” [Recursos de la teoría de la movilización y el estudio de los movimientos sociales] *Annual Review of Sociology* 9 (1983): pp. 527-553.

122. “Remarks to the Cuban-American Community, June 27, 1995” [Comentarios hacia la comunidad cubano-americana, 27 de junio de 1995] *Public Papers of the Presidents: William J. Clinton 1995, Volume 1* [Documentos públicos de los Presidentes: William J. Clinton, 1995, volumen 1] (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1996), pp. 953-955.

123. “Fidel Castro Speaks at Moncada Ceremony, July 26, 1995” [Fidel Castro habla en la ceremonia del Moncada], 26 de julio de 1995] Foreign Broadcast Information Service, *Latin America Daily Report*, 1995, no. 145.

124. Ricardo Alarcón, “Lo que ellos han hecho es informar al mundo que el bloqueo se mantiene en pie, que ellos tratarán de promoverlo, para convencer a otros, para hacer más propaganda, mientras continúan en ese camino condenado al fracaso”, *Granma Internacional* (digital), enero de 1999.

125. Elizardo Sánchez Santacruz, “Cuba Can’t Change on Its Own” [Cuba no puede cambiar por sí misma] *New York Times*, 22 de abril de 1997. Otros dos disidentes también han hablado contra la ayuda política norteamericana, argumentando que “alimenta estas acusaciones” de que los disidentes están “en la nómina de Estados Unidos”, y “le dan a la maquinaria de la propaganda oficial razones para acusarnos a todos de ser mercenarios o parásitos”. Pedro Pablo Alvarez Ramos y Héctor Palacios Ruiz, “Aid We’d Rather Not Receive” [La ayuda que preferiríamos no recibir] *New York Times*, 18 de junio de 2001.

126. Jimmy Carter, “Openings to Cuba: We Must Find a Common Ground” [Oportunidades para Cuba: Debemos hallar un terreno común], *Washington Post*, 24 de mayo de 2002.

127. Robert S. Greenberger, “U.S. Group Aided Arias’ Costa Rican Foes” [Grupos norteamericanos ayudaron a los enemigos costarricenses de Arias] *Wall Street Journal*, 13 de octubre de 1989.

128. Jacqueline Sharkey, “Nicaragua: Anatomy of an Election” [Nicaragua: Anatomía de una elección], *Common Cause*, mayo-junio 1990.

129. Christopher Marquis, “U.S. Brankrolling Is Under Scrutiny for Ties to Chávez Ouster” [Financiación norteamericana bajo escrutinio por vínculos para destituir a Chávez] *New York Times*, 24 de abril de 2002.

130. Esta promesa no fue enteramente mantenida. William M. LeoGrande, *Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977-1992* [Nuestro propio patio trasero: Estados Unidos en América Central, 1977-1992] (Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina Press, 1998): pp. 556-561.

131. Joel Edelstein, “The Future of Democracy in Cuba” [El futuro de la democracia en Cuba], *Latin American Perspectives* 22, 4 (otoño de 1995): pp. 7-26.

132. Lars Schoultz, *Beneath the United States: A History of U.S. Policy toward Latin America* [Debajo de Estados Unidos: Una historia de la política norteamericana hacia América Latina] (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1998); Lars Schoultz, “Blessings of Liberty: The United States and the Promotion of Democracy in Cuba” [Ventajas de la libertad: Estados Unidos y la promoción de la democracia en Cuba] *Journal of Latin American Studies*, disponible en mayo de 2002.